
ESPACIO
MARTE TUVO PASADO
ROY SILVERTON

Marte tuvo pasado

Roy Silverton

Espacio el Mundo Futuro/216

CAPÍTULO I

Apartó Fred Oswell la vista del microscopio electrónico instalado en el laboratorio médico, y volviéndose hacia su amigo, preguntó:

—¿Crees que en Marte ha existido vida alguna vez, Bill?

Bill Moffat le miró a su vez, sorprendido por lo inesperado de la pregunta. Cierto que alguna vez él y Fred habían discutido las posibilidades de vida que podían haber existido en el pasado en el planeta hermano de la Tierra, donde se encontraban los dos en aquel momento. Pero no comprendía los motivos que podía tener su amigo para hacerle tal pregunta, mientras examinaba una gota de sangre en el microscopio.

—¿A qué viene eso, Fred? —dijo, cuando se hubo repuesto de la pequeña sorpresa.

—A nada en realidad, pues conozco sobradamente tu opinión, Bill —repuso Fred Oswell —. Sé que tú eres de los que no creen que en Marte ha existido la vida, porque no admites la disminución gradual de su atmósfera hasta quedar reducida a la mínima expresión en que la hemos encontrado.

Bill asintió:

—Exacto, Fred. ¿Por qué tenía que haber disminuido la atmósfera de Marte? No hay ninguna razón científica que lo explique. ¿Ha

disminuido acaso la de la Tierra, a través de los siglos y de los milenios? ¿Han desaparecido las atmósferas nocivas de otros planetas, como Venus, Júpiter y Saturno? ¿Por qué, pues. Marte tenía que haber sido una excepción?

—No lo sé, Bill, y te ruego que no te acalores. Sin embargo, han ocurrido en el Universo muchas cosas que nosotros ignoramos y que, de saberlas, nos dañan la respuesta a muchas preguntas que ahora nos parecen absurdas. Por ejemplo, a Marte te pudo ser arrebatada la atmósfera por el paso de un gran astro, superior en gravedad. Dicho astro le pudo arrebatar el aire y el agua.

—Un astro solitario que tuvo la ocurrencia de meterse en el Sistema Solar —dijo Bill Moffat —. No deja de ser una teoría curiosa. Sólo que dejas algunos puntos en blanco, Fred.

—¿Cuáles, si me los quieres decir?

—Primero, un astro de gravedad superior a la de Marte, le hubiese desviado de su órbita. Y, sin embargo, sigue en ella.

—Es lo que no sabemos, Bill — replicó Fred—. La órbita de Marte pudo ser distinta antes del remoto cataclismo. Tal vez se vio arrancado de ella, pero casi inmediatamente el astro extraño chocó con otro planeta, entre Marte y Júpiter, rompiéndose los dos en gran número de pedazos, que son los actuales asteroides. ¡Qué diablos! ¡Algo así tuvo que ocurrir para que esos remedos de astros vaguen a centenares entre Marte y Júpiter! Esto es una cosa admitida.

—Pero no está admitido que ocurriera como lo explicas tú.

—Al ser captado por el astro extraño, Marte se pudo desviar de su órbita —continuó Fred, sin hacer caso de la objeción de su amigo—. Pero al estrellarse aquél, perdió su fuerza atractiva, y Marte volvió a ser puesto en órbita por el Sol, junto con los centenares de pedazos que quedaron del choque.

—¿Y qué se hizo de la atmósfera y del agua robadas a Marte, Fred?

—No lo sabemos —contestó éste con sencillez—. Se pudo perder con el despedazamiento. Sus restos flotaron en algún punto, del espacio a millones y millones de kilómetros del lugar actual del Sistema Solar. Hasta los niños saben que el Sol marcha en línea recta aparente hacia la constelación de Hércules.

—Queda otra objeción, Fred —insistió su amigo—. Si hubo vida en

Marte, ¿dónde están sus restos? ¿Existen ruinas de ciudades? ¿Se ha encontrado algo que pueda recordar a un ser vivo, aunque no fuese nada más que un vegetal? Durante mucho tiempo se creyó en los famosos canales, y hasta se afirmó la existencia de vida vegetal en el planeta. Luego, cuando los primeros hombres pisaron su superficie, comprobaron el error en que habían caído los sabios teorizantes.

—Sí —admitió Fred Oswell—; se pudo ver que todo era consecuencia de la refracción de la luz solar, de acuerdo con la fase en que se encontraba Marte. Lo que se tomaba por hielo en los casquetes polares no era más que arena muy blanca, cuya albura aumentaban los rayos tangentes del Sol.

—Entonces, ¿a qué viene discutir eso, Fred? Y, sobre todo, ¿por qué tú pregunta tan repentina?

—Porque estoy convencido de que si Marte no tuvo vida en el pasado, la tiene por lo menos en la actualidad.

—Claro que la tiene. Están las Bases. Estamos nosotros aquí... Eso, desde luego, es vida.

—No me refiero a vida sobrepuesta, llegada del exterior, Bill, sino a vida propia, autóctona —y señalando el microscopio, en ademán triunfal, Fred Oswell repuso—: ¡Mira, Bill! ¡Examina esta gota de sangre y los microbios que pululan en ella!

Bill Moffat hizo lo que su amigo le indicaba. Su ojo se pegó a la lente del aparato, y pudo ver, enormemente agrandada, la gota de sangre que parecía un extenso lago —su color, por cierto, se había convertido en azul, en el que se movían millares y millares de diminutos cuerpos de formas raras y monstruosas. Aquellas formas eran microbios. Microbios desconocidos, sin catalogación en la ciencia médica moderna, que tanto Bill como Fred habían estudiado tan profundamente.

—¡Qué raro es eso! —exclamó Bill Moffat—. ¿De dónde proceden esos microbios?

—Del mismo punto que procede la que hemos convenido en llamar «enfermedad azul», y que nada tiene que ver con la que se conoció en la Tierra con el mismo nombre, y que hace mucho tiempo fue completamente extirpada.

—¿Quieres decir que esos microbios son marcianos?

—Hemos de suponerlo, Bill, puesto que sólo en Marte ha hecho aparición la extraña enfermedad. Hasta ahora, desconocíamos sus causas, porque cuando se declara sobreviene una muerte muy rápida y, al parecer, con la muerte del ser que la adquiere, se produce también la de los microbios que han penetrado en su sangre.

—Es cierto. Hasta ahora, no habíamos tenido tiempo de extraer sangre a ningún enfermo antes de morir.

—Sí, una sola vez —rectificó Fred Oswell—, Pero la cubeta que la contenía desapareció misteriosamente del laboratorio antes de que pudiéramos analizar su contenido. No dimos importancia excesiva a la pérdida.

—¿Y ahora crees que la tiene? —preguntó Bill Moffat.

—No sé qué pensar, Bill. Se puede admitir, desde luego, que alguien se llevó la cubeta intencionadamente para que no descubriéramos la verdad,

—¡Hum! —hizo Bill—. Claro que es una teoría, pero me parece muy poco sólida. En primer lugar, si alguien se llevó la cubeta fue porque sabía cuál era su contenido, cosa que nosotros ignorábamos. Y luego habríamos de suponer que esa persona tenía interés en que se propagase rápidamente la «enfermedad azul».

—Sí, Bill; reconozco que mi suposición es muy descabellada. Por esto te he dicho al principio que no sabía qué pensar. Pero estamos ante un hecho evidente: el de los microbios marcianos. Ahora tenemos una base sobre la que trabajar.

—Eliminarlos, claro. ¡Pero no va a ser tan fácil, Fred! Y.,, ¡rayos! —exclamó Bill de pronto, alarmado—. ¿Te das cuenta de que en estos momentos podemos estar ya infectados los dos, Fred? Tú has puesto en libertad a los microbios, al verter la sangre en el cristal del microscopio. Quizá no todos los que has soltado estén ya en esa gota de sangre. Lo más fácil es que ambos hayamos inhalado muchos al respirar.

Fred se poso en pie, un poco asustado también. Sin contestar a su amigo, cogió, con sus guantes esterilizados, el trozo de cristal sobre el que había vertido la sangre de la cubeta. Lo fue a depositar en el suelo, a poca distancia de donde estaban ambos. Luego, se apoderó de una pequeña pistola atómica, que guardaba en un cajón, y tomando puntería disparó sobre el cristal.

Se produjo una tenue nubecilla, que se fue diseminando por la estancia, cada vez más imperceptible y en el lugar donde antes Fred había dejado el cristal no se vio más que un pequeño agujero en el suelo, producido por la mínima explosión atómica.

—Ahora, los que quedaban en la sangre, por lo menos, no nos podrán perjudicar —dijo, por fin.

—Siempre que sea seguro que los microbios marcianos se desintegran con un disparo atómico —puntualizó Bill.

—En el peor de los casos, aceptaremos nuestra suerte, Bill. Somos médicos y no seremos los primeros que se sacrifican en beneficio de la ciencia.

—¿Crees que si cogemos la enfermedad nos hallemos sacrificado en provecho de algo? Yo no lo veo tan claro.

—Como quieras, Bill. Pero piensa que de todos modos estábamos tan expuestos a contraerla como cualquiera de los habitantes de las Bases marcianas. Además… —y Fred Oswell se interrumpió después de aquella palabra.

—Además… ¿qué?

—Empiezo a sospechar que la «enfermedad azul» no se contrae por inhalación. ¡Vamos a ver al comandante Williams, Bill!

—¿No puedes decirme antes qué estás sospechando, Fred?

—Allí lo sabrás. Creo que ganaremos tiempo y me evitaré duplicidad de explicaciones.

—Está bien, vamos.

Los dos hombres se dispusieron a abandonar el laboratorio médico. Ellos dos, Fred OsweII y Bill Moffat, eran los únicos médicos de las Bases de Marte, a las que atendían asistidos por un pequeño grupo de practicantes y enfermeras. No había mucha gente en Marte, en realidad. Desde hacía ya muchos decenios, se había comprobado que el planeta carecía de vida, que su suelo era arenoso, como un inmenso desierto en el que se veían sobresalir montañas de rocas, sin vegetación, y por lo tanto sólo vivían allí los que se dedicaban a explotar algunos de los minerales del subsuelo, un número de personas no demasiado crecido, que se distribuían en varias Bases aisladas con atmósfera artificial en su interior, y comunicándose unas

con otras por radio y mediante los modernísimos medios de locomoción que permitían largos desplazamientos en pocos minutos

Fred y Bill habían ido allí voluntarios. Jóvenes los dos, pues no llegaban aun a los treinta años, después de haber estudiado juntos la carrera se pusieron de acuerdo para solicitar aquel puesto, en el que habían de permanecer dos años, movidos más que nada por su amor a las aventuras.

Fred era más alto y más atlético que Bill; pero este, pese a su aparente endeblez comparado con su amigo, gozaba de una salud a toda prueba y de una capacidad de resistencia física que había puesto de manifiesto más de una vez.

Al abandonar el laboratorio médico y dirigirse al departamento de helicópteros de la Base, se encontraron con Vivían Murray, una joven y hermosa rubia que ejercía en Marte el difícil cometido de corresponsal de uno de los periódicos de mayor divulgación de la Tierra. Difícil, sobre todo en aquellos momentos, en que habiendo llegado a la Tierra noticias de la terrible epidemia que se había declarado en Marte, desde el periódico acosaban a la joven solicitándole unas informaciones que ella no podía dar por falta de datos.

—¿Alguna novedad? - preguntó, acercándose a los dos médicos—. Les veo a ustedes muy apresurados...

— En efecto, tenemos mucha prisa —contestó Fred, con cierta aspereza. Sin saber por qué, le era antipática aquella «señorita metomentodo», como él la llamaba. Antipática especialmente porque ella solía formular preguntas que no siempre se podían contestar.

—¿Y no pueden decirme la causa de su prisa? —insistió Vivían.

—La causa de la prisa es que vamos a hablar con el comandante Williams.

—¿Para qué?

—¡Para algo que sólo a él le Interesa, muchacha!

Bill Moffat intervino con mayor amabilidad:

—Comprenda que no podemos decir nada sin autorización del comandante, señorita Murray. Lo mejor que puede hacer es preguntarle a él después de su entrevista con nosotros» El le dirá lo

que se puede publicar y lo que conviene mantener callado.

En el rostro de Vivían se dibujó una mueca de decepción. Sabía lo que significaba enfrentarse con el comandante Williams, sobre todo desde que se había declarado aquella maldita epidemia. Pero luego alzó los hombros resignadamente y dijo:

—Como quieran. Hablaré con el comandante. ¿Me permiten por lo menos ir con ustedes? A lo mejor resulto un estorbo para el señor Oswell.

—Mientras se abstenga de formular preguntas inoportunas, su compañía me resultará muy agradable, señorita Murray —contestó Fred, con cierta ironía»

Momentos después los tres se hallaban a bordo de uno de los helicópteros, dispuestos a emprender el vuelo hacia la Base Principal, donde se asentaba la Comandancia del planeta. Ocupaba aquel puesto el comandante Guy Williams, de las Fuerzas Interpretarías, estando al frente de un destacamento militar que tenía a su cargo el Gobierno de Marte y, principalmente, el mantenimiento del orden en su superficie y espacio jurisdiccional.

Williams, como todas las personas que circunstancialmente habitaban el planeta, se sentía terriblemente preocupado a causa de aquella «enfermedad azul», de reciente aparición, pero que había causado ya gran número de víctimas. Se iniciaba la enfermedad con una fiebre muy alta; toda la piel del cuerpo adquiría un tono azulado, que se hacía cada vez más intenso, hasta que el enfermo fallecía, a las pocas horas de haberla contraído, sin que la ciencia médica hubiera podido hacer nada por evitarlo, pese a lo adelantada que se encontraba en toda clase de antibióticos.

Aquella situación llevaba ya cerca de una semana. En los primeros días las víctimas habían sido pocas, sin llegar a producir una verdadera alarma. Pero a medida que había ido pasando el tiempo, el número de afectados —y por lo tanto de muertos— había crecido de modo tal, que ya nadie estaba seguro de no enfermar en el momento menos pensado.

Los que estaban aún sanos o, por decirlo de otro modo, los que no habían contraído aún la enfermedad, deseaban marcharse de Marte para regresar a la Tierra o Irse a otro planeta, lejos del foco de infección. Pero aquello estaba absolutamente prohibido. Las órdenes que tenía Williams eran terminantes. Nadie podía abandonar Marte,

porque podía estar contagiado y contagiar luego a las personas que habitasen el planeta al que se dirigieran al salir de allí. Por eso había aumentado la ola de pánico en Marte. Y por eso Guy Williams esperaba con impaciencia el resultado de las investigaciones de que se habían encargado los dos médicos, de momento no afectados aún por la terrible «enfermedad azul».

Fred y Bill llegaron a la Base Principal y pidieron audiencia al comandante. Les fue concedida al momento, mientras Vivían Murray tenía que mascar su impaciencia quedándose en la antesala. Quizá luego, con suerte, se enteraría de una mínima parte de lo que se había hablado en el despacho.

Guy Williams fue el primero en hablar:

—Y bien, señores, ¿han averiguado algo?

—Conocemos la causa de la enfermedad, señor —contestó Fred —: la produce un microbio que no había sido descubierto antes de ahora.

—Un microbio que al parecer es autóctono de Marte — puntualizó Bill.

El comandante les miró con extrañeza.

—¿Qué quieren decir, señores? No les acabo de entender.

—No puede estar más claro, comandante —dijo Fred —. Se trata de un aspecto de la vida en Marte, que hasta ahora se consideraba incapaz de producirla. Una vida minúscula, llevaba a su mínima expresión, pero que por desgracia se deja sentir.

—¿Y cómo se explican ustedes que ese microbio haya aparecido precisamente ahora? —repuso el comandante—. No hace una semana que tenemos instaladas Bases en Marte, señores, sino muchos decenios.

—Aquí está lo grave de la cuestión, señor —contestó Fred —, Yo no sé el tiempo que tiene de existencia el «microbio azul»; sólo le puedo decir que se ha convertido en peligroso desde que ha empezado a ser inyectado en la sangre de nuestros congéneres.

Hubo un movimiento de sorpresa, tanto por parte del comandante como de Bill Moffat.

—¿Inyectado? —dijeron ambos, casi a la vez.

—Esto es exactamente lo que he dicho —afirmó Fred —. El «microbio azul» ha sido previamente inyectado en los cuerpos de las personas que luego han padecido la enfermedad.

—¿Se da cuenta de la gravedad de lo que acaba usted de formular, señor Oswell? —preguntó el comandante.

—Sí, señor. Y me he dado cuenta a los pocos momentos de haber disparado mi pistola atómica sobre la gota de sangre que había analizado en el microscopio. Entonces he comprendido que no hacía falta lo que acababa de hacer, porque el microbio no penetra en los cuerpos por inhalación —Fred se volvió hacia su amigo y repuso—: Por lo tanto, nada debes temer, Bill. No estamos infectados.

Bill preguntó:

—¿Cómo has descubierto eso, Fred?

—Simplemente, pensando. Un detalle que he recordado de pronto y que parecíamos estar olvidando. ¿No recuerdan que todos los enfermos presentan una minúscula herida, algo así como una picadura en el brazo o en el muslo? Habíamos discutido la posibilidad de que se tratase de algún extraño insecto, Bill. Eso dio lugar a que tratásemos también de las posibilidades de vida en Marte.

—Sí, tienes razón. ¿Pero tú crees que esa picadura...?

—Creo que ha sido causada por una aguja hipodérmica —concluyó Fred—, Los microbios han sido inyectados directamente en la sangre del paciente. Podían existir en Marte desde mucho antes; desde siempre. Pero su efecto nocivo no se ha manifestado hasta que alguien ha procedido del modo que acabo de decir.

—¡Rayos, Oswell! —gritó el comandante—. ¡Si lo que dice usted fuese cierto...!

Fred explicó:

—Lo es, señor. Yo lo he visto claro de repente, pero no he querido decir nada, ni siquiera a mi amigo, hasta estar en presencia de usted. No hay contagio. Sólo mueren los que reciben la inyección. Puede ser revocada con toda tranquilidad la orden de aislamiento que pesa sobre Marte.

—Pero ¿quién puede hacer semejante cosa? ¿Quién puede tener interés en asesinar a la gente de ese modo? ¿Un loco con manía

homicida, quizá?

Fred Oswell habló lentamente y con mucha serenidad.

—Un loco homicida no conocería la existencia del microbio, señor —dijo—. Además, esto no puede ser obra de un hombre solo, sino de todo un grupo, que dispone de agentes en cada una de las Bases aisladas de Marte. ¡Esto sólo puede ser obra de personas que estaban enteradas de la existencia del microbio y de sus posibilidades nocivas! ¡Y ese grupo de personas actúa con un fin determinado!

—¿Pretenden acaso expulsarnos de Marte? ¿Hacerse ellos dueños del planeta?

—La pregunta se sale de mis posibilidades, señor. Yo sólo soy médico. Mi misión es expulsar el mal, si puedo, pero no me incumbe el trabajo de descubrir a los criminales. Esto es competencia de usted, comandante.

Después de aquellas palabras de Fred se produjo un prolongado intervalo de silencio, durante el cual los tres hombres estuvieron sumidos en sus propias reflexiones. El comandante fue el primero en romperlo.

—Para mayor seguridad, nada de cuanto se ha hablado aquí debe trascender —dijo—. Sería un aviso a los criminales. Haré mantener la orden de aislamiento de Marte como si siguiera creyendo en la existencia de una epidemia.

—Ahí fuera espera una joven a la que disgustará su decisión, comandante —contestó Fred.

—Lo siento, pero la señorita Murray tendrá que esperar también, y ella más que nadie —repuso Williams —. Es más importante descubrir a una banda de asesinos que complacer la curiosidad morbosa de los que están esperando noticias.

—Tal vez no se trate de curiosidad morbosa, como dice usted, comandante —aventuró Bill Moffat—. Yo diría más bien que se trata de pánico general. La gente, los habitantes de la Tierra y de los demás planetas, temen que esa epidemia pueda llegar hasta ellos. Es esto lo que les mantiene pendientes de las noticias que puedan llegar de aquí. Me atrevo a decir que calmar ese pánico que mantiene paralizada a la Humanidad puede ser una medida importante.

Las palabras de Bill no carecían de lógica, y así lo tuvieron que

reconocer tanto el comandante como Fred. Sin embargo, el jefe supremo en Marte mantuvo su punto de vista inicial.

—No pasará ninguna catástrofe por esperar unos pocos días más, y en ese tiempo, sabiendo a qué atenernos, se puede capturar a alguno de los asesinos. Y ahora, Oswell, una pregunta: ¿cómo se ha podido inyectar a los enfermos sin que se diesen cuenta? Porque ninguno de ellos ha hablado de inyecciones en el poco tiempo que ha vivido después.

—Puede haberse realizado durante al sueño, forzado éste con un somnífero que se puede haber administrado mezclado con la cena. En esta situación los criminales habrán podido obrar sin que las víctimas se diesen cuenta de nada.

El comandante permaneció callado, durante otro pequeño lapso, y luego dijo:

—Bien, como ha dicho usted, Oswell, algo hemos ganado si no hay peligro de contagio. Por lo menos, el mal no se extenderá a la Tierra, que era lo que más temía yo. En cuanto aquí, ¿ve usted alguna posibilidad de evitarlo, aparte de las medidas de vigilancia que pienso yo tomar?

—Se podría estudiar una vacuna, aunque de momento no le puedo garantizar nada, señor. No olvide que nos encontramos ante un germen completamente desconocido.

—Hagan lo que puedan —repuso el comandante—. Los dos. Y les agradezco cuanto me acaban de comunicar. Desde luego, no tengo la menor idea de los motivos que pueden impulsar a esos criminales, pero por lo menos poseo unos datos con los que trabajar. ¡Resultaba tan desconsolador no poseer el menor indicio! Les renuevo las gracias.

Era la despedida. Los dos jóvenes médicos se pusieron en pie, siendo imitados por el comandante, que les acompañó hasta la puerta del despacho. Fuera, en la antesala, Vivían seguía esperando. Y al darse cuenta de la salida de los dos jóvenes, corrió al encuentro del comandante.

—Espero que me pueda usted decir algo, comandante —empezó —. El director del periódico no me deja en paz un momento, a través de la televisión...

—Comuníquele usted que se están realizando grandes progresos en lo referente a conocer la naturaleza de la enfermedad — la interrumpió

el comandante.

Vivían hizo una mueca de disgusto.

—¡Hum! «La policía está sobre la pista» —dijo—. Lo cual equivale a no decir absolutamente nada.

—Tendrá que conformarse con esto, señorita.

—De acuerdo. Entonces, comunicaré que no saben absolutamente nada. Y me arrogaré el derecho de investigar por mi propia cuenta. Los resultados de mis pesquisas los conocerán leyendo los periódicos de la Tierra, o contemplando la televisión. ¡Pero yo no me quedo sin saber lo que pasa aquí!

Fred sonrió al darse cuenta de la venganza que Vivian se proponía realizar contra ellos. Investigaría sin decir nada, y les pondría en ridículo al dar a la publicidad noticias que ellos no sabrían aún. Para calmarla un poco, le ofreció:

—¿Quiere regresar con nosotros, señorita Murray?

Vivían dijo:

—No tendré más remedio, puesto que me he dejado el helicóptero en la Base. Su galantería casi me aturde, por lo poco usual.

—A veces tengo arranques inesperados —concluyó él, imitando su tono burlón.

Poco después, lo mismo que a la ida a la Base Principal, los tres volaban a bordo del helicóptero, que conducía Fred, por encima de los desiertos de Marte. Iban silenciosos, aunque sin duda pensando los tres en So mismo, dentro de los datos que cada uno poseía: la extraña situación a que se había llegado en Marte.

De pronto, Fred se arrancó a sí mismo de su abstracción, para fijarse en la pantalla de radar, donde se reflejaba el terreno que iban recorriendo. Con voz muy alterada, dijo a su compañero:

—¡Mira, Bill! ¿Es posible?

Vivían, aunque no había sido invitada, se abalanzó también sobre la pantalla para ver aquello tan extraordinario que anunciaba Fred. Abajo, sobre un amontonamiento de rocas que formaban una colina, se veían dos hombres.

—¿Nada más que eso? —preguntó la muchacha —. ¿Se refiere usted a esos dos hombres, o ha visto alguna otra cosa?

—No; me refiero a esos dos hombres — contestó Fred.

—Por mi parte, no veo en ellos nada de particular —dijo Bill-. Pueden ser mineros...

—¿Pero es que no os dais cuenta? —exclamó Fred—. ¡Estamos en el planeta Marte, cuya atmósfera es tan tenue que nadie puede respirar en ella! ¡Y, sin embargo, esos dos hombres que vemos en la pantalla no llevan puestos sus cascos de vacío!

CAPÍTULO II

La cosa era verdaderamente extraordinaria, y ahora que Fred lo había hecho notar, Bill y Vivían se dieron cuenta de la gravedad que aquello tenía. ¿Cómo era posible que dos hombres situados en un astro desprovisto de atmósfera casi por completo pudieran moverse, pudieran sobrevivir, sin llevar puesto el casco de vacío, acondicionado a la atmósfera terrestre?

Quizá podría obtener un buen reportaje.

Sin embargo, no era momento de hacer cálculos de posibilidades, sino de ir a lo positivo. Y lo positivo era descender, salir del helicóptero —con los cascos puestos, como es natural— y enfrentarse con aquellos hombres para averiguar de qué medios se valían para sobrevivir en aquellas condiciones.

Fue lo que hizo Fred sin pensarlo más. El helicóptero emprendió el descenso, en dirección a las rocas, y el médico empezó a buscar, mediante la pantalla, un sitio apropiado para posar la pequeña nave.

Por desgracia, era allí tan accidentado el terreno, que no ofrecía ni un pequeño plano sobre el que pudiera posarse el aparato. Si Fred aterrizaba directamente sobre las rocas, no cabía la menor duda de que el helicóptero perdería su estabilidad y acabaría destrozado al caer de una a otra.

—Tendremos que tomar tierra al pie de la colina —murmuró—. Es un

inconveniente, pero no hay más remedio. Si aterrizo sobre tas rocas, el helicóptero se destrozará, y nosotros con él, antes de que tengamos tiempo de salir.

En la pantalla no se veían ahora los dos hombres. Sin duda, se habían dado cuenta de la maniobra de la pequeña nave, y, al considerarse descubiertos, se habían apresurado a ocultarse en alguna parte.

—¿No sería mejor que lo dejásemos? —sugirió Bill—. Ya ves que esos tipos se han esfumado. Temo que vamos a perder tiempo y pasar fatigas sin conseguir nada.

—A pesar de todo, quiero probar suerte, Bill —contestó Fred, que no dejaba de reconocer la lógica del razonamiento de su amigo—. Es algo demasiado extraordinario lo que acabamos de ver. Quiero cerciorarme de que no nos hemos equivocado.

—Los tres hemos visto que esos hombres no llevaban casco —intervino Vivían —. Sería muy raro que todos hubiésemos cometido el mismo error de apreciación.

El helicóptero, descendiendo a toda velocidad, acababa de posarse ya al pie de la colina, junto al amontonamiento de rocas. Fred, Bill y Vivían no necesitaron demasiado tiempo para ajustarse los cascos, colocarse al cinto las pistolas atómicas y salir al exterior.

La menor gravedad de Marte con relación a la Tierra les hacía más ligeros, de modo que pudieron trepar por las rocas sin demasiadas dificultades, para dirigirse al sitio exacto donde habían sido localizados los dos desconocidos.

Por desgracia, tal como había previsto Bill, la búsqueda resultó estéril. Fueron reconocidos los alrededores de las rocas, por si allí existía alguna cavidad en la que los desconocidos hubieran podido meterse, pero también esta gestión resultó vana. Los dos hombres sin casco, que minutos antes estaban allí, se habían esfumado por completo.

—La única salida lógica que podían haber tenido es a bordo de una nave de cualquier tipo —dijo Fred, al convencerse de que era inútil continuar—. Pero, en tal caso, nosotros la hubiésemos visto despegar.

—Cabe otra posibilidad —sugirió Vivían —. La de que en estas rocas exista un escondrijo secreto.

—Esto lo admito —reconoció Fred—. Lo que me parece increíble es que pudieran estar aquí sin casco. Y tampoco podemos creer que los

tres hayamos sido víctimas de una alucinación.

Bill permanecía callado. Parecía estar pensando profundamente. Vivían, en cambio, dejó libre curso a su imaginación, manifestando al mismo tiempo en voz alta todo lo que se le ocurría.

—Esos hombres estaban aquí, sin casco —dijo—. A mí nadie me hará creer otra cosa, cuando lo he visto yo misma. No sé cómo se las arreglarían para respirar, a menos que...

—¿A menos que...? —repitió Fred, que se interesaba por cualquier sugerencia, incluso formulada por Vivían.

—A menos que no fuesen hombres propiamente dichos, sino marcianos —concluyó ella.

—¿Qué? ¿Qué tontería se le ha ocurrido, señorita Murray? — replicó Fred; pero, no obstante, algo en su interior le decía que la periodista no iba desencaminada.

—Yo no soy especialista en nada —repuso la joven —, salvo en crear esas noticias sensacionales que le sacan a usted de quicio y le hace tenernos tan poca simpatía a los de la Prensa, señor Oswell. Pero esta vez no creo que se trate de nada «hinchado» por el afán de sensacionalismo. No puede estar más claro. ¿Quién se desenvolvería con normalidad, sin necesitar ambientes artificiales, sino los propios marcianos? ¡Utilice el cerebro, que parece habérsele embotado a fuerza de estudiar!

Fred no estaba en aquellos momentos para contestar a la pulla con otra. Era tan terriblemente lógico lo que expresaba Vivían, que, por contraste, a él se le hacía inadmisible. ¡El, que en sus discusiones con Bill Moffat se había manifestado partidario de la vida en Marte bajo algún aspecto, por lo menos en tiempos pretéritos! Pero de aquello a que la hubiera en la actualidad, salvo los microbios, y en forma de seres superiores que podían pasar por hombres terrestres, medía un verdadero abismo.

—No —dijo, muy en serio—. Está usted equivocada, Vivían — se olvidaba incluso de llamarla «señorita Murray» —. Es absolutamente imposible que en Marte haya seres semejantes a nosotros.

—¿Y por qué, Fred? —fue Bill quien efectuó la pregunta.

Se estaba en plena racha de contrasentidos. Bill Moffat, que había negado a hierro y fuego la existencia de vida en Marte, parecía ahora

pronunciarse a favor de la misma, cuando parecía presentarse no en forma admisible de microbios, sino en otra mucho menos lógica de seres de organización superior.

—¿Cómo habrían de vivir esos marcianos, Bill? —preguntó a su vez—. ¿Acaso devorándose unos a otros? No hemos de apartarnos de la realidad por extraordinario que nos parezca lo que hemos visto. Y la realidad es que en Marte no existen vegetales ni animales, que podrían servir de alimento a sus habitantes superiores.

—¿De modo que ahora te has pasado al bando opuesto, Fred? ¿Niegas ahora la vida en este planeta?

—He defendido la vida de Marte «en el pasado», no en la actualidad, salvo los microbios tan inesperadamente descubiertos. Por lo tanto, no me aparto de mis principios aunque parezca otra cosa.

La discusión parecía tomar un camino de interminable polémica, como ocurría siempre entre los dos amigos cuando trataban aquella cuestión. Vivían, que tenía un sentido más práctico de las cosas, intervino para acabarla de una vez.

—Permitan que yo, una inculta periodista, formule mi ridícula opinión —dijo — . Creo que no se trata de discutir teorías, sino de comprobar hechos. La realidad es que hemos visto a unos hombres sin casco y que, por lo tanto, tenían que conformarse con dar a sus pulmones el escasísimo aire que suministra el planeta. No les hemos visto comer, desde luego, y no podemos afirmar que practiquen el canibalismo. Pero el hecho cierto es que son capaces de sobrevivir en un ambiente que mataría a cualquier hombre de la Tierra.

—Sería interesante descubrir por dónde han desaparecido — repuso Bill.

—No me extrañaría que alguna de estas rocas se pudiera mover mediante algún resorte…

Fred se encogió de hombros. Sin saber por qué, se había puesto de mal humor. Quizá contribuía a ello la circunstancia de que no se vela capaz de refutar las palabras de Vivían Murray.

—Primero hemos de saber cuál roca es la movible —dijo—; y luego, una vez encontrada la roca, buscar el resorte que pueda abrirla desde el exterior. ¿Te parece fácil el trabajo, Bill?

—Claro que no, pero…

—Y, además, no es de nuestra incumbencia, ¿verdad? —continuó Fred, sin darse cuenta de que la iniciativa de perseguir a los desconocidos había partido de él —. Somos médicos y no policías. Nuestra misión es encerrarnos en el laboratorio. Por lo tanto, lo mejor es que volvamos al helicóptero.

Fue el primero en ponerse en marcha, rocas abajo, sin echar una postrera mirada en derredor, como hicieron Bill y Vivian. Poco después, el aparato se elevaba y los tres terrícolas tardaron muy poco en llegar a su Base de procedencia.

—Supongo que me tendrán tan al corriente de sus trabajos como hasta ahora —dijo Vivian, al despedirse de los dos médicos en el depósito de naves—. O sea, que no me enteraré de nada.

—Es al comandante a quien incumbe informar sobre lo que sucede en Marte —contestó Fred, con sequedad—. Nosotros no somos más que dos médicos.

—Pero se les han escapado algunas indiscreciones —repuso ella, con ligera burla—. Por ejemplo, ha hablado usted de microbios, señor Oswell. ¿De modo que son microbios los que ocasionan la extraña enfermedad? Una noticia muy interesante.

—¡Que se guardará muy bien de comunicar a nadie! ¿Se entera? —gritó Fred, furioso.

Ella le volvió la espalda, para emprender la marcha. Sin volverse y mientras se alejaba, dijo:

—Voy cosechando datos por mi cuenta. Los microbios, los hombres que no llevan cascos... Dentro de poco poseeré una buena información, que me deberé a mí misma, por lo que nadie tendrá derecho a prohibirme que fa utilice.

Fred no tuvo tiempo de replicar, pues Vivían estaba ya fuera del gran departamento. Se fue a su vez, con su amigo, y en el laboratorio su mal humor tuvo motivos para aumentar en vez de desaparecer, como él esperaba.

—Analizaremos de nuevo la sangre infectada, con más calma, y veremos si existe alguna posibilidad de combatir a ese microbio —dijo a su amigo.

—¿No la destruiste? —preguntó Bill.

—Destruí sólo la gota que había puesto en el cristal del microscopio. Pero en la cubeta quedaba más. La suficiente para que podamos trabajar los dos.

Esto era lo que pensaba Fred por el camino. Pero al entrar en el laboratorio tuvo que convencerse de que ningún estudio sería posible ya, por lo menos con la sangre que había guardado en reserva.

La cubeta no estaba en el anaquel habitual, ni en ninguna otra parte del laboratorio. Como la que contenía la sangre del primer enfermo al que se la sacaron, había desaparecido de allí.

—¿Quién ha estado aquí mientras nosotros visitábamos al comandante, Bill? ¡Te aseguro que lo sabré! —rugía Fred, fuera de sí.

—Es posible que todos —contestó su amigo, con calma—. Y por todos, entiendo a los enfermeros y enfermeras, que tienen acceso libre al laboratorio. ¿Estás seguro de que sabrán algo, o que si alguno de ellos sabe te lo va a decir?

Fred comprendió que sería perder tiempo interrogar al personal subalterno. Bill tenía razón. Bill se había mostrado siempre más sereno y más capaz de razonar, en los momentos difíciles. Y Fred tuvo que admitirlo así y dejar a un lado sus interrogatorios.

—Lo que sí hemos de hacer es informar al comandante de lo que hemos visto por el camino —dijo, luego—. Si nosotros no hemos sido capaces de encontrar el refugio de los hombres sin casco, quizá él lo consiga movilizando a su gente.

Se dirigieron a la cabina de comunicaciones, y pocos minutos más tarde estaban en contacto con el propio comandante, que les-atendía desde su despacho. Habló Fred, que le puso al corriente de lo que habían visto.

—¿Están seguros de no haberse confundido? —preguntó, al final, el comandante, con leve incredulidad.

—Hemos sido tres personas que han visto lo mismo señor —contestó Fred—. No hay error posible, porque los tres estamos seguros.

—¿Tres? ¿Luego, también esa periodista...? —repuso Williams—. ¡Por favor, que no envíe la noticia a la Tierral ¡Que no sepan allí que por la superficie de Marte circulan hombres sin casco! ¡Localicemos el pánico cuanto nos sea posible!

—Sí, señor. Y se me ocurre algo —dijo Fred. ¿No podrían ser esos hombres sin casco esos supuestos marcianos, los que se dedican a inyectar el microbio a los demás habitantes de las Bases?

—¡Rayos, es una idea, Oswell! Pero esto significaría que el enemigo, porque hay que llamarle ya enemigo se ha infiltrado en nuestras líneas. Yo he dado orden que se vigilen las cocinas y todos los servicios relacionados con la alimentación, para evitar que nadie pueda colocar en ella somníferos.

—Sin embargo, si los marcianos, o lo que sean, se han infiltrado entre nosotros, no sabremos nunca si los mismos a quienes sé encarga vigilar son los que contribuyen a que duerman los elegidos para recibir la inyección.

—¡Demonios, está usted en lo cierto! En tal caso, le aseguro que no sé qué hacer...

—Me permito sugerirle algo, comandante —contestó Fred—. Se me acaba de ocurrir otra Idea. ¿Qué hombres, entre los que viven en las Bases, Incluidos los que componen la guarnición, son capaces de respirar fuera de los compartimientos estancos, sin llevar los cascos de vacío?

—Quiere usted decir que... — el comandante se estaba entusiasmando. La idea de Fred le gustaba.

—Sí, señor —interrumpió éste—. De un modo o de otro se las puede usted arreglar pera que todos los habitantes actuales de Marte sean examinados al aire libre y sin cascos. Los que presenten signos inmediatos de asfixia serán terrícolas de verdad. Los demás... tendrán que explicar cómo han aprendido a respirar con tan poco aire. Claro que esto debería ser llevado a efecto con cierta discreción.

—Lo haré, Oswell, esté seguro. Ustedes, mientras, trabajen todo lo que puedan.

—Se hará así, señor —contestó Fred.

Y la comunicación quedó cerrada. Los dos amigos se encerraron en el laboratorio, pasándose el resto del día entre sus libros y estudiando lo que se tenían más que sabido. Los capítulos referentes a microbios y antibióticos. Era una forma de pasar el tiempo sin que pareciese demasiado largo.

Bill fue el primero en cansarse, y anunció a su amigo que se retiraba a

dormir.

—Presumo que manan-: vamos a tener trabajo de firme — le dijo —. Cuanto más descansados estemos, mejor.

—Tienes razón, Bill —contestó Fred—. Yo me he encaprichado con este capítulo, pero tan pronto lo termine me reuniré contigo.

Los dos amigos ocupaban el mismo dormitorio en la Base, no lejos del departamento destinado a laboratorio. Cuando entró Fred, Bill estaba completamente dormido ya, atronando la estancia con sus ronquidos. Pero él no ten/a sueño. Estaba seguro de que no se podría dormir. Se dejó caer sobre su cama, sin quitarse las ropas, apagó la luz y se entregó a sus pensamientos. Quería meditar con serenidad sobre cuanto había sucedido en Marte en el curso de la última semana y, sobre todo, en lo del día que acababa de transcurrir.

Marte efectúa su rotación en veinticuatro horas, treinta y siete minutos y veintitrés segundos. Sus días son, por tanto, sensiblemente iguales a los de la Tierra, sin que ocurra allí, como en tantos otros astros del Sistema Solar, que después de un día de muchos meses viene una noche de igual duración, interminable, o de otros en los que es siempre de día en un hemisferio y de noche en el otro. Los dos amigos se acostaron por lo tanto como lo hubieran hecho de haber estado en la Tierra, o sea, cuando en su rotación, el planeta les situó en la parte opuesta al Sol.

Los ronquidos de Bill parecían amenizar las reflexiones de Fred, que, inmóvil sobre la cama, parecía dormido también.

Y de pronto, un extraño olor se esparció por la habitación; un olor característico, que Fred, en su condición de médico, conocía muy bien.

—«Anestésico —dijo, para sí—. Parece como sí alguien hubiese vertido cloroformo en el dormitorio».

Pensó en saltar de la cama y encender la luz, pero, antes de hacerlo, una segunda idea le aconsejó no moverse por lo que permaneció inmóvil, sin dar a entender que estaba despierto y que había captado el fuerte olor.

Sus ojos, acostumbrados ya a la oscuridad casi absoluta del dormitorio, pudieron captar la sombra que se movía cautelosamente por el mismo. Una sombra humana. Alguien que se acercaba a las camas, y que se dirigió en primer lugar a la ocupada por Bill Moffat.

Fred lo adivinó todo, y supo el procedimiento de que se valían los asesinos para poner la inyección a sus víctimas. No colocaban somníferos en los alimentos o bebidas. Simplemente, empleaban el sistema primitivo de acercar un pedazo de algodón empapado de cloroformo a la nariz del elegido, para tenerlo así impasible a su disposición. Luego, una vez que lo habían inyectado, les resultaba fácil hacer desaparecer el fuerte olor de los dormitorios forzando un poco el funcionamiento de los purificad ores de aire.

Le costó breves segundos llegar a semejante conclusión. Luego, saltó de la cama y encendió la luz, al tiempo que gritaba:

¡Atención, Bill! ¡Ya tenemos uno!

Bill no contestó. Había dejado de roncar, pero permanecía tendido sobre la cama, al parecer inmóvil e insensible. El cloroformo había obrado con mayor rapidez de la que esperaba Fred. El hombre que lo había aplicado se volvió con rapidez, al ver la luz y oír el movimiento y la voz del otro médico. Su mano voló a la empuñadura de la pistola atómica que llevaba en el cinto.

En este aspecto, Fred estaba en inferioridad de condiciones, porque su pistola y cinto colgaban de un perchero, lejos en aquel momento del alcance de sus manos.

—¡Se ha decretado tu muerte! —gritó el presunto marciano, empuñando ya el arma—, lo mismo da que sea de la «enfermedad azul» que de un disparo de pistola atómica!

Pero Fred no estaba dispuesto a dejar que lo matasen con tanta facilidad. En sus tiempos de estudiante se había distinguido en la lucha y otros ejercicios atléticos, y dichos tiempos no estaban tan lejanos para que hubiese perdido ya las facultades adquiridas entonces.

Saltó a un lado, para engañar a su enemigo, y antes de que éste hubiera tenido tiempo para rectificar su puntería, ya la mano de Fred se agarrotaba en su muñeca como una tenaza y, retorciéndosela, le arrancaba un grito de dolor al mismo tiempo que le obligaba a soltar la pistola.

—¡Por lo visto, el sistema sensible es idéntico entre terrícolas y marcianos! —exclamó, sintiendo que repentinamente le renacía el buen humor.

Su enemigo, desprovisto de pistola, no acertaba a defenderse. Fred se

aprovecho también de la menor gravedad de Marte, que permitía levantar pesos con más facilidad. Cogió al hombre por la ropa, y sin soltar la mano que le atenazaba el brazo, fe levantó en vilo, por encima de su cabeza, como si fuera un fardo sin importancia.

—¡Veremos ahora lo que resistes el choque contra el suelo! —gritó.

Pero no lo llegó a lanzar, o por lo menos no lo hizo contra el suelo. Había ocurrido todo en brevísimos segundos; en mucho menos de lo que hace falta para relatarlo. Desde el momento en que encendió fa luz en el dormitorio hasta el actual, en que Fred tenía a su enemigo en alto, todo había sucedido con velocidad de vértigo. Por eso, el otro hombre, el que esperaba al del cloroformo fuera de la habitación, quizá para vigilar si alguien se acercaba, no tuvo tiempo de intervenir para salvar a su compañero. Y cuando lo fue a hacer, era ya demasiado tarde.

Fred lo vio en la puerta, empuñando también una pistola.

Lo vio en el momento de aparecer, cuando trataba con una ojeada de hacerse cargo de lo que sucedía. Seguramente, el hombre de la puerta vio a Fred de pie en medio de la habitación, teniendo en alto al presunto asesino. Lo vio, pero no pudo evitar que Fred, aprovechándose siempre de la menor gravedad, se lo lanzase encima con todas sus fuerzas.

Los dos marcianos, o lo que fuesen, rodaron junios por el suelo, y la segunda pistola se escapó de la mano de su propietario, como había sucedido con la primera, Y Fred pudo aprovechar el momento de confusión para, de un salto, acudir donde tenía la suya, y apoderarse de ella.

Había vencido en toda la línea, y ahora, aquellos dos individuos, convertidos en sus prisioneros, tendrían que decir quiénes eran, a qué raza pertenecían y por cuenta de qué intereses trabajaban. Marcianos o terrícolas, tendrían que descubrir su identidad. Fred, de momento, lo único que podía decir era que no pertenecían al personal de la Base. Que no los había visto nunca antes de aquel momento.

—Bien, amiguitos —les dijo, apuntando con su pistola atómica, mientras ellos se levantaban—. Ahora vamos a jugar con las cartas boca arriba. Quiero saber si son ustedes capaces de respirar en cualquier clase de atmósfera, y aún en los sitios donde no la hay en absoluto.

Pero en aquel momento, ocurrieron dos cosas casi simultáneas. Por un

lado, Bill Moffat pareció que acababa de despertar, y su voz, alarmada, sonó a espaldas de Fred:

—¿Eh? ¿Qué es ese olor? ¿Y qué pasa aquí? ¿Quiénes son esos hombres, Fred?

Fred se volvió ligeramente, para contestar a su amigo, al cual vio sentado en la cama mirando la escena con gran sorpresa.

—Por poco no lo cuentas, muchacho —le dijo—. Mejor dicho, por poco no lo contamos ninguno de los dos. Esos tipos habían entrado aquí para inyectarnos aquel simpático microbio.

Volvió la vista de nuevo hacia los dos marcianos, y pudo entonces constatar que por aquella parte se había producido el segundo acontecimiento. Vivían Murray, la periodista, se había presentado en la habitación. Estaba en el mismo umbral, y uno de los marcianos, viendo en ello su gran oportunidad, la estaba aprovechando ya.

Antes de que Fred pudiera hacer nada por evitarlo, el hombre asió a la chica por un brazo y la forzó a colocarse entre su propio cuerpo y la pistola del médico. El otro marciano, comprendiendo la actitud de su compañero, se situó de un salto detrás del mismo, en fila, de modo que si Fred disparaba la primera víctima tendría que ser, inevitablemente, la «señorita metomentodo».

Fred se dio cuenta también, y en vez de tiros lo que disparó fueron desagradables reproches.

—¿Quién la ha llamado a usted aquí y en este momento? — gruñó.

Vivían estaba evidentemente asustada. No acertó a contestar.

—Yo... —empezó a decir—, no me había acostado... y trataba de averiguar...

Mientras, los dos marcianos no perdían el tiempo. Obligaron a la chica a retroceder unos pasos, hasta quedar ellos fuera de la habitación. La empujaron con fuerza hacia dentro, y a toda prisa, cerraron la puerta. Fred y Bill oyeron simultáneamente el grito que lanzó Vivían al caer, y los pasos de los dos asesinos que se alejaban corriendo por el pasillo.

—¡A ellos! —gritó Bill —. ¡Todavía los podemos alcanzar!

Saltó en pijama de la cama y corrió hacia la puerta, recogiendo al paso una de las pistolas abandonadas por los fugitivos. Fred fue tras

él, sin que ninguno de los dos se ocupara de auxiliar a la periodista. Abrieron de un empujón, pero fuera ya no se oían los pasos ni se veía a nadie. Llegaron hasta el extremo del pasillo, por mero formulismo, pero con idéntico resultado. Los dos individuos se habían esfumado, lo mismo que los de la montaña, a los que habían visto desde el helicóptero.

—No perdamos más tiempo, Bill —dijo Fred—. Esos hombres no eran de la Base, lo cual quiere decir que poseen medios secretos para entrar y salir de ella.

Bill le hizo caso y los dos, ahora a paso lento, regresaron al dormitorio, donde encontraron a Vivian ya de pie, y mirándoles con cara poco amable.

—Muchas gracias por la prisa que se han dado en socorrerme —fue lo primero que les dijo. Su miedo había pasado ya, y volvía a ser la joven burlona de siempre.

—El modo como la encontramos nos demuestra que no le hacía ninguna falta nuestra asistencia —contestó Fred—. Y no cambiemos los papeles, señorita. Somos nosotros los que hemos de estar irritados contra usted. Su presencia ha sido causa de que se nos escaparan los dos tipos. ¡Aún no ha explicado qué venía a hacer aquí!

Esta vez, Vivian contestó con todo aplomo.

—Investigaba por mi cuenta —dijo—. Ya les avisé de que lo haría. Trataba de espiar, de descubrir algún indicio. Vi luz aquí, oí ruido de lucha y me acerqué. Ya saben el resto. ¡Y nada de reproches! ¡Ustedes tienen la culpa por no ayudar a la Prensa en nada!

—¡Lo que me faltaba oír! ¡Que yo tengo la culpa de que usted anduviese metiendo las narices donde nada tenía que hacer!

Bill, como siempre, intervino conciliador.

—Discutiendo no solucionaremos nada —dijo—. Esos tipos se han escapado ya, por desgracia. Lo único que podemos hacer es dar cuenta al comandante del atentado. Recuerda que nos lo encareció, Fred.

—Sí, tienes razón. Vayamos a la cabina de comunicaciones.

—Supongo que podré ir con ustedes —intervino Vivian—. No les permitiría que me prohibiesen el acceso…

—Se trata de una conversación oficial con el comandante en jefe de Marte, señorita —cortó Fred, con sequedad —. Sin su expresa autorización, no puede usted escucharla. Lo siento.

Y Vivian tuvo que quedarse a la puerta, pese a sus protestas. Era la hora en que desde las grandes emisoras de la Tierra se televisaba la información a todas las estaciones de los planetas. Bill y Fred tuvieron que esperar, pues, la gran pantalla estaba iluminada y el oficial de servicio retransmitía para que desde las diversas habitaciones la pudiesen captar todos los que lo desearan. Los dos médicos, por lo general, preferían dormir a enterarse de lo que sucedía en la Tierra, y casi nunca conectaban sus pantallas. Pero aquel día, metidos en la cabina de comunicaciones, no tuvieron más remedio que enterarse de lo que se emitía.

En la pantalla estaba el rostro del locutor, que hablaba desde la Tierra, y sus palabras despertaron desde el primer momento el interés de los dos amigos.

—¡Y ahora —dijo—, últimas y sensacionales informaciones enviadas por la señorita Vivían Murray, corresponsal en Marte de la «Cadena Interplan» de Prensa y Televisión! ¡Se ha descubierto ya la causa de la terrible epidemia llamada «enfermedad azul», que azota aquel planeta! ¡Los doctores Fred Oswell y Bill Moffat han localizado un microbio desconocido hasta ahora, que aparece en la sangre de las personas afectadas por la enfermedad! ¡Un microbio que al parecer es de origen marciano, pudiéndose negar, por lo tanto, el que Marte carezca de vida en absoluto!

Fred y Bill se miraron, anonadados. ¡Hasta allí habían llegado las indiscreciones de Vivían! Pero el locutor dijo todavía más. Tras una breve pausa, para hacer más sensacional lo que iba a seguir, repuso:

—¡Pero hay más, señores! ¡La vida en Marte no se limita a esos seres microscópicos! ¡En Marte hay también habitantes superiores, parecidos a los humanos, de los cuales se han visto varios! ¡Son los que inyectan los microbios a los terrestres que residen allí! ¡Y los marcianos se disponen a invadir la Tierra! ¡Resultará imposible distinguirlos, y podrán inyectar sus terribles microbios sin que nadie se lo pueda impedir! ¡Se acercan momentos de enorme gravedad para nosotros, los habitantes de la Tierra! ¡Marte va a atacar!

CAPÍTULO III

El locutor era al mismo tiempo un buen artista. Sabía dar a su rostro la expresión adecuada a sus palabras, y cuando pronunció sus dos últimas exclamaciones estaba terrible de verdad. Cortó bruscamente, y en su lugar apareció el hermoso y sonriente rostro de una señorita que se puso a elogiar diversos productos comerciales.

La alarma había sonado en la Tierra.

Fred y Bill se miraron de nuevo. Pero sin hablar. No sabían qué decirse. Pese a todas sus preocupaciones, las noticias habían trascendido, habían sido incluso folletinescamente ampliadas y, en definitiva, la ola de pánico estaría en aquellos momentos empezando a crecer.

Los sacó de su abstracción una voz que gritó, a sus espaldas:

—¡ Esto no es cierto! ¡Yo no he enviado noticia alguna a la Tierra! ¡Aquí hay un gran error, o una terrible mala fe!

Vivian Murray estaba allí, detrás de ellos, encuadrada en el marco de la puerta. Los dos amigos la pudieron ver, al volverse, muy pálida y con los ojos inmensamente abiertos. No pensaba en aquel momento en bromear, como era su costumbre, incluso cuando estaba irritada.

—¡Yo no me he comunicado para nada con la Tierra! —repitió.

Fred avanzó lentamente hacia la joven.

—¿Qué hace aquí, Vivían? —le preguntó. Nosotros le habíamos indicado que se quedase fuera.

—A la hora de emisión de noticias la entrada no está prohibida —contestó ella, tratando de serenarse—. Pero esto es lo que menos importa ahora.

Casi al mismo tiempo se cortó la comunicación, y en la pantalla apareció el enfurecido rostro del comandante Williams.

—¡Comuníquenme con esa muchacha! ¡Pronto! —ordenó.

Vivian avanzó hacia el espejo visor, para que el comandante la pudiera ver. Parecía bastante más serena que en los primeros momentos.

—Estoy aquí, comandante —dijo—. Sé lo que me va a preguntar. Puedo asegurarle que no he enviado noticia alguna a la Tierra. Se lo estaba diciendo a los doctores...

—Si usted no ha dicho nada, ¿cómo se puede saber lo que ha ocurrido aquí? ¡Si usted no ha sido, forzosamente ha de haber un traidor en Marte! ¡Un traidor que queda en un círculo muy estrecho, pues somos muy pocos los que sabemos la verdad!

Fred avanzó a su vez hacia el visor, apartando de allí suavemente a Vivian, que no sabía qué contestar.

—Yo también estoy aquí, señor —dijo—. Con mi amigo Moffat. ¿Le parece bien que interrumpamos esta comunicación para continuarla personalmente en su despacho?

—¡Sí, pero no traigan a la periodista! ¡Vengan al momento! ¡Les espero!

El rostro del comandante desapareció de la pantalla. Vivian y los dos amigos se retiraron sin pronunciar palabra, y un cuarto de hora más tarde Fred y Bill estaban de nuevo en el despacho de Guy Williams.

—Si esto no se resuelve, perderé no sólo mi cargo de gobernador de Marte sino incluso mi empleo militar — les dijo el comandante, de buenas a primeras—. ¡No sé si esa «enfermedad azul» me matará, pero les aseguro que en cualquier caso será mi ruina! Y sólo faltaba que esa muchacha, con sus indiscreciones, empeorase las cosas.

—No creo que haya sido la señorita Murray la que haya mandado esas noticias a la Tierra — declaró Fred.

—¡Caramba! —exclamó Bill, con sorpresa — . ¿La defiendes ahora tú, que has sido siempre su principal adversario?

—Defiendo lo que me parece ser justicia —contestó Fred, con calma —. Por muy atrevida que sea esa chica, no es capaz de enviar semejante mensaje firmándolo con su nombre. Estoy convencido de que otro lo ha hecho, cargándole a ella la responsabilidad. No olviden que para enviar noticias se usa el sistema Morse, sin que se vean las personas. En la Tierra se habrán limitado a aceptar el nombre con que el mensaje iba firmado.

El comandante parecía convencido con la explicación. Pero aquello en vez de simplificar las cosas las complicaba hasta lo indecible.

—Si no ha sido ella, ¿quién puede haberlo hecho? —preguntó—. Piensen que sólo ustedes dos y yo conocíamos hasta ahora la verdad entera.

—Esto es otro de los motivos que me hacen creer en la inocencia de Vivian — repuso Fred—. Ella sabía menos de lo que se ha dicho por la pantalla. Pero no olvidemos que entre nosotros hay marcianos infiltrados, que pueden espiar, tener colocados micrófonos en los sitios más inverosímiles. ¿Quién nos asegura que esta conversación no llega a sus oídos, pese a las precauciones adoptadas? Hoy ha sido una verdadera suerte que no pereciéramos Moffat y yo.

Y Fred puso al comandante al corriente de lo que había sucedido en el laboratorio. Guy Williams escuchó con atención, pero cada vez más inquieto. Al final de su relato, Fred dijo:

—Le hablé de posibles medios para averiguar qué hombres eran terrícolas y cuáles no. ¿Puedo preguntarle si ha hecho algo en este sentido, comandante?

—Tengo preparada una comprobación que, de salir con éxito, me servirá de punto de partida para desenmascarar las infiltraciones marcianas. Y puesto que están ustedes aquí, asistirán al «test».

El comandante se puso en pie, y los dos amigos le imitaron. Antes de salir del despacho, sin embargo, Williams se dirigió a un armario donde se guardaban algunos cascos de vacío. Tomó uno para él, y dijo, dirigiéndose a los médicos:

—Imítenme. Vamos a un lugar donde hay muy poco aire.

—¿Al exterior de la base? —preguntó Fred.

—No, a uno de los departamentos. He hecho extraer el aire de allí, dejándole sólo el que existe habitualmente en la superficie del planeta. Sólo lo saben dos hombres de absoluta confianza. Parte de la guarnición y servicios se reunirán en el departamento dentro de un cuarto de hora. Ellos no saben que falta aire, naturalmente.

Fred hizo un gesto de aprobación. Le gustaba el sistema empleado por el comandante. Y poco después los tres, colocados sus cascos de vacío, se hallaban en el departamento. Subieron a un pequeño estrado, como si se tratara de dirigir una alocución a un extenso público. Y el comandante cursó la orden para que entrase el personal.

—El micro de mi casco conecta con unos altavoces instalados en la

sala —dijo Williams a los dos amigos—. Por lo tanto, mis palabras serán oídas tanto por los que llevan cascos como por los que no.

Tuvo que interrumpirse, porque en aquel momento se abrió una puerta de fondo, y empezaron a entrar hombres en el departamento. Iban equipados como si tuvieran que pasar revista antes de salir de expedición, y todos llevaban sus cascos colgados del cinto. Bastaría una orden dada por el comandante para que se los pusieran.

Inmediatamente, los hombres acusaron la falta de aire. Su respiración se hizo fatigosa, hasta parecer interrumpida, y todos miraban con extrañeza sin explicarse las causas de aquel fenómeno. Los rostros se empezaron a amoratar. Y Williams, señalando a dos hombres de la primera fila, gritó, con todas sus fuerzas:

—¡Esos no han notado la diferencia de atmósfera! ¡Esos son marcianos! ¡Detenedlos! ¡Los demás que se pongan los cascos a toda prisa!

La confusión aumentó. Los terrícolas —los que se podían definir como leales— no acababan de comprender lo que ocurría, pero se apresuraron a cumplir la orden en lo referente a colocarse los cascos, pues sin aquel requisito les hubiera sido imposible resistir medio minuto más.

Los dos marcianos, aunque se dieron cuenta de que habían caído en una trampa, procuraron sacar las máximas ventajas posibles de la situación. Ellos no necesitaban colocarse los cascos, y por lo tanto podían actuar inmediatamente.

Se apartaron de la fila, se dijeron algo en voz baja, y sus manos volaron a las empuñaduras de sus armas. Estaban cogidos, o mejor dicho, descubiertos, pero podían vender caras sus vidas.

—¡Nos van a fastidiar! —gritó el comandante—. ¡No he contado conque ellos podrían actuar en seguida!

—Debió pensar usted en colocar un retén a la puerta para entraren acción inmediatamente, comandante —le reprochó

Fred—. Pero veremos qué se puede hacer aún. ¡Adelante, Bill!

No esperó a que su amigo le contestara. El llevaba ya puesto el casco, y los dos marcianos estaban muy cerca del estrado. Fred subió sobre la barandilla, y antes de que los dos individuos hubieran tenido tiempo de coger su arma, saltó él con la agilidad propia de un terrícola en

Marte, yendo a caer en medio de los dos.

—¡Quietos! —gritó.

No tuvo en cuenta de que su micro no estaba conectado y que no le oirían.

Pero no hacía falta oírle para comprender. Los marcianos se vieron frente a un enemigo y trataron de deshacerse de él. Bill había saltado detrás de Fred, pero su ligereza había sido inferior y estaba a algunos pasos del pequeño grupo. Fred se las tuvo que arreglar solo contra sus dos enemigos, pero lo hizo con la eficacia de un luchador más que con la pasividad de un médico.

Anticipándose a la acción de los dos marcianos, mientras dudaban quizás acerca de si era más conveniente sacar de una vez las pistolas o emplear los brazos, el puño de Fred voló hacia la mandíbula de uno de ellos, el cual retrocedió varios pasos al recibir el impacto para por fin desplomarse al suelo con violencia.

Al otro marciano no le cupo mejor suerte que a su compañero. Antes de que Bill hubiese tenido tiempo de llegar al lado de Fred, ya éste le había propinado un directo que le hizo rodar encima del otro, manando sangre en abundancia por la nariz»

—Sangre roja, como la terrestre, pese a la «enfermedad azul» que ellos originan —comentó Fred, mientras sonreía a su amigo.

Los dos marcianos estaban vencidos. Esta vez no habían podido escapar, como los de la montaña y los del laboratorio, y como entretanto los terrícolas se habían colocado ya los cascos y les rodeaban, comprendieron que no podían hacer otra cosa más que rendirse definitivamente.

Fueron levantados, desarmados y conducidos a presencia del comandante. Los hombres comprendían las cosas sólo a medias. Cierto que la mayoría de ellos se habían enterado de las noticias dadas por televisión poco antes, pero no había sido suficiente para que viesen clara la situación. Miraban a los marcianos como se mira a extraños monstruos, pese a que su apariencia física era igual a la de los terrestres.

Guy Williams había descendido también del estrado, y sus primeras palabras fueron de agradecimiento para Fred.

—A usted debemos los dos primeros enemigos que nos ha sido posible

capturar, doctor Oswell —dijo—. Se tendrá en cuenta su actuación.

—No tiene importancia, señor —contestó Fred. Y crea que tenía verdaderos deseos de ajusta ríes las cuentas a esos tipos. Son los causantes de muchas terribles muertes.

—Es cierto —repuso el comandante, volviéndose a los marcianos con terrible severidad —. ¿Por qué han hecho esto? ¿Por cuenta de quién actúan? ¿Qué se proponen?

Los dos individuos se abstuvieron de contestar. Sus rostros reflejaban ahora una expresión fanática, como la de los hombres que están dispuestos a sacrificarlo todo por un principio —justo o criminal —, pero sin denunciar nunca a sus compañeros. Williams lo comprendió así, y no quiso insistir en sus preguntas, por lo menos de momento.

—En mí condición de Jefe supremo en Marte, podría ordenar que fuesen ustedes ejecutados inmediatamente —se limitó a decir—. Han cometido crímenes que justifican el que lo haga. Pero como el caso es de una gravedad que considero sobrepasa a mis facultades ordinarias, esperaré recibir instrucciones concretas de la Tierra antes de tomar una decisión.

Y volviendo hacia sus hombres, todos los cuales llevaban ya su casco de vacío, ordenó:

—¡Llévenselos! ¡Serán encerrados con guardias de vista y nadie se podrá acercar a sus celdas bajo ningún pretexto!

Los soldados ejecutaron la orden, y poco después los dos amigos regresaron a su propia base, dejando al comandante satisfecho por el éxito conseguido en su primera prueba. No cabía duda de que por aquel procedimiento y adoptando las precauciones necesarias, sobre todo procurando que no se divulgase el medio, se podría dar caza a algunos otros criminales.

—Por lo menos, si no se puede extirpar el mal, se capturará a los que lo han producido —comentó Bill.

—Esto siempre que la cosa quede circunscrita a Marte —dijo Fred.

—¿Qué quieres decir?

—Si los marcianos consiguen diseminarse por la Tierra, las dificultades aumentarán, eso es todo. Allí no hay compartimientos estancos y no será fácil hacer la prueba de la respiración. Los

marcianos podrán diseminarse por donde quieran.

Bill preguntó:

—Entonces quieres decir que el verdadero peligro está…

—En que consigan pasar a la Tierra —concluyó Fred—. Sí alguna nave escapa, una vez allí les será posible esconderse para poner sus terribles inyecciones casi impunemente.

Se pasaron gran parte de la noche discutiendo. Casi se habían olvidado de las noticias y de la supuesta intervención de Vivian Murray en su difusión. Y al día siguiente, casi al amanecer, fueron llamados por el personal auxiliar, para atender a nuevas llamadas de urgencia.

—Se han declarado nuevos casos de «enfermedad azul» en las bases Ocho y Catorce, señores. Piden asistencia inmediata.

—Por desgracia, es inútil que nos apresuremos —dijo Bill con pena —. Esos infelices están condenados a morir tanto si vamos como no.

—Pero les podemos extraer sangre, Bill —repuso Fred —. La necesitamos para continuar nuestro estudio del microbio. Por lo menos, la muerte de esos desgraciados podrá servir quizá para que otros se salven luego.

Diez minutos más tarde, el helicóptero de los dos amigos volaba por encima de los arenales marcianos. Visitaron las dos bases afectadas por la enfermedad donde, evidentemente, había enemigos. Pudieron extraer sangre a los enfermos, animando de palabra a los infelices, ya que otra cosa no se podía hacer, y a continuación emprendieron el regreso.

Tenían que pasar muy cerca de la colina rocosa donde la vez anterior habían descubierto a los dos hombres sin casco de vacío. Y fue precisamente en sus proximidades donde Fred, que conducía, indicó:

—¡Un helicóptero! ¡Está parado al pie de la colina!

Bill miró a la pantalla. Era un aparato corriente, muy parecido al que ellos mismos tripulaban.

—Es de los nuestros —dijo—. Nada de particular tiene.

—Pero ¿qué buscará precisamente en esa colina? Voy a establecer

contacto.

Fred pulsó los mandos de la emisora, para que se mostrase la señal de llamada en la pantalla del otro helicóptero.

—¡Atención! —gritó—, ¡Llaman los doctores Oswell y Moffat! ¿Tiene avería? ¿Le sucede algo? ¡Conteste!

Pero no se recibió contestación. Fred repitió la llamada, con el mismo resultado, mientras Bill, que ahora estaba atento a la pantalla, exclamó:

—¡Se eleva! ¡Esto sí que es raro! ¡Pensé al principio que su tripulante estaba inconsciente, al no contestar!

—¡Rayos! ¡Pues vamos a perseguirle! ¡Te aseguro que sabremos quién es! ¡Y si se trata de algún otro de esos marcianos cuya existencia tanto me habías discutido, Bill…!

—Bueno, ¿a qué viene ahora sacar a relucir esto? ¡Sigue adelante y procura no perder distancia!

Se inició la persecución, con las dos pequeñas naves a toda velocidad, mientras Fred, al mismo tiempo que conducía, iba repitiendo las llamadas.

—¡Conteste! ¡Conteste o será peor para usted!

Consiguió alcanzar al otro aparato, y empezó a evolucionar en torno al mismo. Le dominaba. Se advertía cierta torpeza, o falta de práctica, en el helicóptero fugitivo.

—¡Por última vez! ¿Quiere contestar antes que le ametralle? —amenazó Fred.

Y como la respuesta fue tan nula como en las ocasiones anteriores, se dispuso a poner en funcionamiento la pequeña ametralladora con que iba provisto el aparato. Estaba dominando cada vez más la situación, y su adversario, sin duda a consecuencia del nerviosismo o del miedo, se conducía con más torpeza que nunca.

La primera ráfaga de balas atómicas pasó muy cerca de la cola del otro helicóptero, y chocó contra el suelo, desintegrando algunos pedruscos, Fred lo había hecho adrede, porque no estaba absolutamente seguro de que el aparato estuviera pilotado por un marciano. Pero advirtió:

—¡Puedo mejorar la puntería! ¡Y le garantizo que si he de disparar de nuevo, las balas no se perderán!

Entonces se iluminó la pantalla, y por fin apareció en ella un rostro. El rostro asustado de Vivian Murray.

—¡Oiga! ¡No tire! ¿Qué..., qué se ha propuesto?

—¡Vivian! ¿Pero está usted loca? ¿Se da cuenta de lo que podía haber ocurrido?

—¡Sí, y me quejaré a las autoridades por el atentado!

—¿Por qué no contestaba usted, Vivian?

—No estaba obligada a contestar. ¿Mandan ustedes en Marte? ¿Se me ha prohibido a mí volar en torno al planeta?

—Pero...

—¡Cuiden ustedes de curar enfermos, si es que sirven para ello, pues todos se les están muriendo! —gritó la irritada periodista—. ¡Y dejen lo demás a cargo de la Policía Militar! ¡Cuando me llame una patrulla, ya contestaré! ¡Pero ustedes aquí no son más que unos particulares!

Trataba de volver a su habitual ironía, pero no le salía bien.

En su rostro se notaba una expresión extraña, indefinible, pese a que ya se le había pasado el miedo. Y de pronto, Bill, apartando a su amigo del espejo visor para que Vivian no pudiera saber qué le decía, murmuró, en voz baja:

—Ordénale que aterrice y que salga del aparato, Fred.

—¿Eh? ¿Y por qué eso? Después de todo, hemos de reconocer que a su modo tiene razón. Aunque nos ha forzado a perseguirla con su silencio, no teníamos verdadero derecho a hacerlo.

—En las circunstancias en que nos encontramos y ante el enemigo que tenemos enfrente, no se pueden limitar los derechos, Fred.

—¡Cielos, Bill! ¿Qué te propones?

Bill bajó todavía más la voz, al continuar:

—Te has dado cuenta como yo de que la expresión de su rostro no es normal. Trata de bromear y no lo consigue. ¡Nos oculta algo, Fred!

¡Algo que ha venido a hacer, precisamente en esta montaña, donde vimos desaparecer a los primeros marcianos! Acabarás por hacerme creer que no te es tan antipática como quieres demostrar, muchacho.

—Pero ¿eso qué tiene que ver? Mi antipatía no me hace llegar a suponerla en contacto con el enemigo, si es esto lo que quieres sugerir.

—Quiero sugerir algo más, Fred —el rostro de Bill estaba terrible—. ¿No hay hombres entre los marcianos? Hemos de suponer que sí, ¿verdad?

Fred dio un salto en su asiento.

—¡Cielos, Bill! ¿No crees…, no crees que vas demasiado lejos? Vivian Murray ha venido a Marte procedente de la Tierra. Ha trabajado allí varios años en la Prensa…

—¿Y los dos tipos a quienes apresaste ayer, Fred? Pertenecían a una unidad del Ejército Interplanetario. Procedían de la Tierra también, y sin embargo eran marcianos. ¿Es que no te has dado cuenta aún de que la actitud de Vivian es terriblemente sospechosa?

El rostro de la joven seguía reflejado en la pantalla, pero sin que pudiera ver a los dos amigos ni oír lo que estaban diciendo. Los dos helicópteros se mantenían en el aire, evolucionando lentamente el uno en torno al otro, en espera de que se tomara una decisión. Vivían no tenía ya ganas de escapar. Esperaba, con cierta intranquilidad, hasta que por fin, no pudiendo más, dijo:

—Bien, ¿he de estarme aquí indefinidamente? Les advierto que si ustedes no saben qué hacer, yo tengo mucho trabajo.

Fred se había dejado convencer por su amigo. Había lógica en las palabras de Bill. Y aunque se sentía algo avergonzado interiormente por aceptar aquella decisión, pensó que el estado de cosas lo perdonaba todo. Apareciendo ante el espejo visor y el micro correspondiente, contestó a la joven.

—Dé marcha atrás y regrese al punto de partida, Vivían.

—A sus órdenes, mí general —contestó ella —. Lo haré, para evitarme complicaciones. Pero le aseguro que lamentará haberse tomado unas atribuciones que no le corresponden.

Fred no dijo más, ¡imitándose a conducir su aparato y vigilar que la muchacha siguiera el camino que le había sido señalado. La colina

tardó poco en aparecer en la pantalla de radar, y Vivian, que ahora parecía haber recobrado por completo la normalidad, preguntó:

—¿Es importante que el morro del helicóptero apunte a la derecha o a la izquierda, al aterrizar?

—Deténgase junto a la colina, y salga al exterior; eso es todo —contestó Fred escuetamente, con sequedad.

Vivian obedeció. Por la pantalla, Fred y Bill vieron como su helicóptero descendía lentamente, hasta quedarse quieto sobre la arena. Esperaron un poco más, para dar tiempo a que la joven saliera del aparato, y cuando hubieron comprobado que lo había hecho, ellos aterrizaron a su vez.

Aunque tardaron muy poco en estar fuera también, pudieron comprobar que en aquel corto espacio de tiempo habían sucedido algunas cosas inesperadas. Entre las rocas más próximas al pie de la colina se había abierto una compuerta, dando acceso a un estrecho pasadizo; y por dicha compuerta habían salido varios hombres.

En rigor, no se podía afirmar si Vivian se había unido a ellos o si había sido sorprendida, porque todo había ocurrido mientras Fred y Bill se colocaban los cascos y salían al exterior. Los hechos eran, sin embargo, que Vivían estaba entre aquellos hombres —sin casco ellos — y que la tenían sujeta por los brazos obligándola a entrar en el estrecho pasadizo. La periodista trataba de resistir. Podía formar parte de la comedia, pero la realidad era que forcejeaba, tratando de desprenderse de los marcianos, y los dos amigos, por los auriculares de sus cascos, la oyeron gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro ¡Dense prisa!

—¡Vamos, Bill! —exclamó Fred, echando a correr, y buscando ya la pistola atómica que pendía de su cinto.

Por desgracia fue demasiado tarde. El grupo de marcianos y Vivían estaban demasiado cerca de la compuerta y se pudieron meter por el pasadizo antes de que Fred y Bill los alcanzaron. Los dos amigos hubieran podido disparar, desde luego, pero se exponían a desintegrar a la joven, y fuese o no ésta marciana, no se atrevieron a hacerlo.

Llegaron a la compuerta en el momento en que se cerraba cubriendo su boca con una pesada roca. Los marcianos y Vivían Murray estaban todos en el interior.

—Puede haber sido un bonito modo de escapar a la investigación que pensábamos hacer —comentó Bill.

—¿Tú crees? —Fred, sin saber por qué, sé aferraba a la defensa de la muchacha.

—Para mí no puede estar más claro —repuso su amigo—. El grupo de marcianos estaba aquí, esperándola. Quizá antes estaba comunicándose con ellos, cuando la sorprendimos y por eso ha escapado de forma tan extraña.

En su fuero interno Fred tuvo que admitir que las palabras de Bill no estaban desprovistas de lógica como en sus razonamientos anteriores.

CAPÍTULO IV

Permanecieron los dos contemplando la roca que taponaba la entrada del pasadizo, como fascinados por ella.

—Por lo menos, algo sabemos ya —dijo por fin Fred —. Aquí se inicia el acceso a uno de los refugios subterráneos de los marcianos.

—Si pudiéramos levantar esta roca... —sugirió Bill. —No creo que nos costara mucho esfuerzo, teniendo en cuenta la gravedad de Marte, pero no sería una solución.

La roca no sirve más que para disimular la entrada. El verdadero cierre es mecánico, y éste no lo podríamos forzar. Otra cosa sería si dispusiéramos de una bomba atómica.

—¡Hum! —hizo Bill—. ¿Desde cuándo nuestra misión es abrir puertas con bombas atómicas, Fred? El trabajo lo tenemos en el laboratorio. No olvides que con sangre infectada, y que corre prisa encontrar el contra la acción de los microbios «azules». Muchas vidas dependen de ello.

—También podríamos salvarías abriéndonos paso por aquí y capturando a todos los que viven en el subsuelo marciano, amigo mío —repuso Fred —. Y hasta quizá sería un método mas eficaz, pues, en definitiva, no estamos seguros de encontrar el modo de eliminar la

acción de los microbios.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Ver una vez más al comandante. Sea como sea, le hemos de dar cuenta de lo ocurrido. Así que cuanto antes, mejor, Bill.

El helicóptero de Vivian quedó allí, abandonado, y los dos amigos, después de subir al suyo, emprendieron la marcha hacia la base principal.

—Datos interesantes, señor —dijo Fred, apenas estuvieron frente a Guy William —. Acabamos de descubrir la entrada a uno de los refugios de los marcianos.

—¿Cómo? Desde luego, esto es interesantísimo, Oswell — contestó el comandante—. Cuénteme la cosa con todo detalle.

Minutos más tarde, el jefe supremo en Marte estaba al corriente de todo lo que había sucedido a los dos amigos, incluida la presunta traición de Vivian.

—Sin embargo —concluyó Fred —, la verdad es que me cuesta admitir que esa muchacha no sea de los nuestros.

—Pues... alguien nos tiene que estar traicionando —dijo Williams —. No olviden que han trascendido cosas que conocíamos muy pocas personas. Y esa chiquilla husmea por todas partes. No me extrañaría que fuese cierto algo de lo que sugiere Bill Moffat. Pero quizá tardaremos muy poco en saberlo.

Sobre la mesa del comandante, a un lado, había un pequeño tablero de mandos que estaba conectado con un espejo receptor. Williams pulsó uno de los botones, y en el espejo apareció el rostro de un militar.

—A la orden, señor.

—Que tres naves con cargamento de bombas atómicas se preparen para salir inmediatamente, Terry —dispuso el comandante.

—Sí, señor.

No había por qué preguntar más ni discutir la orden. Guy Williams mandaba allí, y sus soldados estaban sujetos a la más rigurosa disciplina militar. No necesitaban saber el motivo ni el lugar de las

operaciones, por muy extrañas que éstas parecieran'.

—Pronto abriremos un boquete en fa colina, por el que podrá pasar un Cuerpo del Ejército entero si es necesario —dijo, poniéndose en pie. No están obligados a tomar parte en la expedición, señores. Pero si desean hacerlo, les ofrezco un puesto en la cabina de mandos de mi nave.

—Agradecidos, comandante —contestó Fred por los dos—. Naturalmente, aceptamos.

Bill no dijo nada, pero siguió a su amigo hacia el parque de las naves, a donde les condujo el comandante. Los microbios parecían momentáneamente olvidados. Y un cuarto de hora más tarde, las tres naves de guerra, con sus tripulaciones completas, cruzaban la cúpula de la Base Principal para penetrar en el cielo abierto de Marte.

Fred y Bill, en la cabina de mandos de una de ellas, junto al comandante, indicaron la dirección a seguir. El operador transmitía los datos a las otras dos naves.

—Aquí, señor —dijo Fred, cuando estuvieron sobre la colina. Su dedo señaló un lugar concreto de la pantalla —. La entrada está exactamente bajo estas rocas.

—Bien —contestó el comandante. Y dirigiéndose al operador, repuso —: señale el lugar a las otras dos naves. Que se preparen para soltar bombas. Haremos desaparecer la colina entera.

Las órdenes se fueron repitiendo, tal como las comunicaba el jefe.

—La nave «A», la nuestra, será la primera en bombardear. Que sigan la «B» y la «C». ¡Atención al departamento de bombas!

Las tres naves se habían puesto en fila, yendo delante la que tripulaba el comandante y los dos amigos. Estaban en perpendicular sobre la colina, cuando el comandante ordenó:

—¡Soltad la bomba!

Se abrió una compuerta de la base de la nave, y el artefacto se desprendió, buscando el amontonamiento de rocas. Mientras, la nave se alejaba de allí a toda prisa, cediendo el puesto a la segunda, que repitió la operación, para ser luego imitaba por la tercera. Se efectuó todo con tanta rapidez, que la tercera bomba atómica había sido soltada ya antes de que la primera hubiese tocado las rocas.

Luego, las tres explosiones se sucedieron casi simultáneas, elevándose los tres gigantescos hongos confundidos en uno solo. Fue como si las entrañas del planeta hubieran estallado por allí, arrasando la colina, disolviéndola y disparando trozos de roca en todas direcciones, como proyectiles de terrible violencia.

—Supongo que no será necesaria una segunda pasada — dijo el comandante a los dos amigos—. No obstante, tendremos que esperar aún un poco para comprobar los resultados.

En aquel momento, el operador, que estaba atento a la pantalla de radar, lanzó el aviso:

—¡Naves a popa de la escuadrilla, señor!

—¿Qué? ¿Qué naves son ésas? —gritó Williams, mirando también.

El operador dijo:

—No pertenecen al destacamento, señor. Su forma es completamente distinta de las nuestras.

No hacía falta indicarlo, porque se podía apreciar a la perfección. El comandante, Fred y Bill vieron media docena de naves desconocidas, todas de gran tamaño, que avanzaban en formación bastante regular en dirección a la Escuadrilla capitaneada por Williams.

—¡Establezca contacto con ellas! ¡Pronto! —ordenó el comandante.

El operador obedeció al momento, y en la pantalla se pudo ver el rostro de un hombre, con extrañas divisas en las hombreras de su vestimenta, de apariencia militar. Fue el propio Williams quien dirigió la palabra a aquel desconocido.

—¡Aquí, el comandante Guy Williams, jefe supremo y gobernador de las Bases terrestres en Marte! ¿Con quién hablo?

Los labios del desconocido se curvaron en una sonrisa, antes de contestar:

—Con el jefe de las Fuerzas Aéreas marcianas. Supongo que tenemos más derecho que usted a mandar aquí, ¿no le parece?

— No es cuestión de lo que me parezca a mí o no, señor mío —repuso Williams—. Tengo una consigna y unas órdenes que cumplir, y las cumpliré mientras me queden fuerzas para ello.

—Es lo que vamos a decidir ahora mismo —replicó el jefe marciano—. A menos que se rindan, en cuyo caso serán ustedes tratados como prisioneros de guerra. Le concedo un minuto para decidirlo.

—¡Délo por transcurrido! —gritó Williams—. La respuesta es una sola desde ahora: ¡No hay rendición! ¡En todo caso, serán las armas las que decidan! ¡Corte, muchacho!

Esta última orden iba dirigida al operador, que se apresuró a obedecerla. Acto seguido el comandante hizo poner contacto con las otras dos naves, para darles instrucciones, y se inició la batalla.

La superioridad enemiga pudo parecer al principio que representaría un serio peligro para los terrícolas. Pero pronto se puso de manifiesto que si bien las naves marcianas estaban por lo menos tan bien equipadas como sus oponentes, los jefes de que las mandaban, en cambio, carecían de experiencia táctica y estratégica.

Williams hubiera podido llamar a la Base, pidiendo la salida de más naves; pero no lo hizo porque, de todos modos, en caso de derrota, éstas hubieran llegado demasiado tarde. Y, por otra parte, los primeros cañonazos que dispararon los terrícolas pusieron en evidencia que no era necesaria la llamada de refuerzos.

El cerco que los marcianos trataron de establecer en torno a los terrícolas tardó muy poco en ser roto a cañonazos, costando a aquéllos la pérdida de dos naves. Una tercera fue destruida casi a continuación, y sin que los marcianos hubiesen tenido la habilidad de colocar un solo impacto.

La lucha quedó así igualada en cuanto a fuerzas, y Williams hizo evolucionar a sus naves de modo que cada una de ellas se las tuviese que haber, por separado, con un enemigo.

Aquello fue el final de la corta batalla. Los marcianos se dieron cuenta de su impotencia, pese al alarde de poder que habían querido realizar, y no pensaron ya más que en la huida.

—¡Me gustaría ver ahora a su flamante jefe! —gritó Williams entusiasmado —. ¡No creo que tenga ganas de sonreír! ¡Pero la cosa no quedará así! ¡Puesto qué han querido lucha, la tendrán hasta el final! ¡A perseguirlos! ¡Hay que completar su destrucción!

Fred y Bill habían asistido a la lucha como meros espectadores. Ellos no eran militares, sino médicos, y se alegraron de que ni con éste cometido hubiera sido necesaria su intervención. No hubo heridos

entre los terrícolas, porque ninguna de las tres naves fue ni siquiera rozada, sin embargo las marcianas fueron sucumbiendo una tras otra en su desesperada carrera hacia la desconocida Base, donde en vano trataron de buscar refugio.

—Ha sido una verdadera cacería de conejos —comentó el comandante, cuando la última nave marciana se hubo convertido en un montón de incognoscible chatarra —. Se ve que han salido a asustarnos, pero no a luchar.

—Esto explica, que empleen otros medios, concretamente el de los microbios, para expulsarnos de aquí —dijo Fred —. Saben que no pueden fiarse de sus fuerzas, que, por otra parte, deben de ser escasas. ¡No vamos a admitir que los marcianos sean centenares de millones, cuando sólo hemos visto unos pocos!

—Quizá Vivian Murray nos podría informar sobre este particular si la capturásemos —intervino Bill.

Aquello hizo pensar a todos en el objetivo principal de su salida. Se habían lanzado tres bombas atómicas para destruir la colina y poner al descubierto la entrada al refugio marciano que había en ella. La espesa nube que se había formado al producirse las explosiones se estaría sin duda disipando ya, y las tres naves podrían aterrizar cuando quisieran sobre el terreno ocupado antes por las rocas. No había peligro de radiactividad, como en otros tiempos, pues las bombas atómicas modernas no la emitían ya.

—Esto es la guerra tal como me gusta a mí —dijo el comandante, después de haber ordenado la marcha atrás, hacia los restos de la colina —. A rostro descubierto y sabiendo con quién se tiene uno que enfrentar, y no del modo solapado, mediante las inyecciones de microbios, como esos tipos la habían hecho hasta ahora.

—Podemos calificar aquélla como de guerra bacteriológica —comentó Bill, sin ironía.

—Califíquela usted como quiera, pero yo soy militar y me gusta discutir con el enemigo a cañonazo limpio. Bien, parece que llegamos ya. Vamos a prepararnos para aterrizar.

Las tres naves maniobraron hasta quedar posadas entre los restos de las rocas de la colina. El lugar había sufrido serios desperfectos, cambiando totalmente' de configuración, aunque su aspecto desolado actual no difería en nada del anterior, cuando las rocas estaban amontonadas.

Del helicóptero de Vivian, que había quedado allí, no se veía el menor rastro. Y desde el aire, los observadores de las naves habían podido ver ya el agujero del pasadizo, ahora sin puerta de ninguna clase, que se abría en el suelo, como un pozo, descendiendo a ignoradas profundidades.

—En las naves quedarán sólo sus conductores y ayudantes —dispuso Guy Williams—. El resto de los hombres desembarcarán, y se enviará un mensaje a la Base para que acudan refuerzos. No sabemos contra quién tendremos que luchar ahí dentro.

La dotación de cada nave se componía de cincuenta hombres, que desembarcaron con sus oficiales, colocados los cascos de vacío y con las armas atómicas preparadas.

Una vez en tierra, el comandante agrupó a sus hombres. Pero como Fred y Bill no estaban sujetos a disciplina militar, no pudieron resistir a su curiosidad y se adelantaron hacia lo que ahora era la entrada del pasillo que conducía, al parecer, a las entrañas de Marte.

—Echemos un vistazo —sugirió Fred —. El comandante y sus hombres no tardarán en seguirnos.

—¿Y si caemos en una emboscada?

—Combatiremos, amigo mío. Vamos provistos de armas y no las llevamos simplemente para lucirlas.

Sin esperar la respuesta de Bill, Fred se adentró ya por el pasillo, en el que se veía una escalera descendente. Fuera, el suelo rocoso estaba agrietado, por efectos del bombardeo atómico, y desde la entrada se podía apreciar ya que las grietas eran profundas, pues permitían que se filtrase la luz al interior.

Parte de las piedras y tierra que sostenían el techo del pasillo se habían desprendido, obstaculizando la marcha. Pero a Fred, que iba delante, no le costó demasiado esfuerzo apartarlo todo para irse abriendo paso por aquella escalera que no parecía tener fin.

—¡Caramba! —exclamó Bill —. ¿Es que vamos a descender hasta el mismo centro del planeta?

—No creo que lleguemos a tanta profundidad —contestó Fred —. Pero aunque así fuese, no por ello dejaría yo de sentir curiosidad por saber qué hay allí.

Desde luego, no tuvieron que llegar al centro de Marte ni mucho menos. La escalera terminó por fin, desembocando en un conjunto de galerías de declive, que conducían a lugares todavía más profundos. Estaba todo iluminado por una luz artificial, que brotaba de detrás de las piedras y a la que Fred y Bill identificaron como producto de la energía atómica.

Por todas las partes se veían aún efectos del terrible bombardeo a que había sido sometida la superficie. Muchas rocas desprendidas» algunas de ellas habían aplastado a hombres, que sin duda estarían de servicio de vigilancia en aquellos lugares.

—Entraremos por sorpresa en el recinto principal —dijo Fred, señalando uno de los cadáveres y el arma que estaba a su lado—. Esto se ha quedado sin vigilancia.

—Pero los demás estarán sobre alerta —comentó el siempre prudente Bill —. Sería mejor no continuar hasta que estuvieran junto a nosotros el comandante y sus hombres.

—¡Bah! Mientras, no nos encontremos frente a un peligro evidente, no necesitamos tomar medidas de prudencia. ¡Sigamos adelante, Bill!

Continuaron, pues. Y, de pronto, las galerías por las que avanzaban desembocaron en un gigantesco recinto subterráneo, iluminado también artificialmente en su conjunto, y que se podía tomar por un pedazo de la tierra transportado allí por obra de algún mago.

El centro del recinto lo ocupaba un extenso lago, del que partían canales para irrigar las tierras que lo circundaban. Sobre el lago se veían algunos pequeños buques, sin duda de propulsión atómica, y en sus orillas, junto a agolpamientos de viviendas, que eran diminutas ciudades, había varios puertos.

Las tierras regadas por los canales producían vegetales de todas clases, y cerca de ellos se veían rebaños de animales propios de la tierra, como ovejas, bueyes, caballos y otras especies domésticas.

Los dos amigos se quedaron estupefactos. La cavidad subterránea era enorme, perdiéndose en el horizonte sus límites. Y no cabía duda de que aquellas ciudades, aquellos buques, aquellos campos, estaban poblados por seres parecidos a los humanos, como los que habían visto ya los terrícolas.

De momento, sin embargo, no se veía ninguno. Seguramente debido a la conmoción que había producido el bombardeo exterior, los

marcianos se habían ocultado en profundos refugios, en espera del momento de poder salir de nuevo al exterior.

—¿De modo… de modo que hay vida en Marte? —pudo por fin decir Bill.

—¿Es que lo dudabas después de lo que hemos visto? — preguntó su amigo.

Bill dijo:

—No me refiero a vida semejante a la humana. De esto estaba ya seguro, por desgracia. Quiero decir vida vegetal, vida animal, vida, en definitiva, semejante a la de la Tierra en todos sus aspectos.

—Algo habían de comer los marcianos que hemos visto hasta ahora, Bill. Era un misterio que desaparece con este descubrimiento.

—Pero estas plantas y estos animales necesitarán atmósfera para poder vivir.

—Es posible que en esta cavidad la haya. Puede haberse refugiado aquí el último resto de la atmósfera marciana… que ahora escapará por los boquetes abiertos por las bombas.

—¡Esto sería condenar a muerte a esos hombres!

—Cuando se efectuó el bombardeo no se sabía que existiera esto — repuso Fred —. No obstante, no hay motivos para que nadie muera de hambre si nosotros tenemos provisiones. Bastará con que se rindan para que nada les falte.

—¡Sin embargo, no podemos obligar a todos esos seres a que se sometan a nosotros! —replicó Bill.

—¡Caramba, amigo mío! Parece que te has vuelto muy bondadoso. ¿Han vacilado ellos en someternos a su guerra bacteriológica, con sus inyecciones de microbios? Consuélate, Bill. Nuestra tiranía ha de ser mucho más suave que la que ellos pretenden imponernos, a juzgar por las muestras.

La discusión terminó de pronto, al aparecer inesperadamente un helicóptero en el espacio aéreo de la inmensa gruta. Bill fue el primero en darse cuenta, y avisó a su amigo.

—¡Mira, Fred! ¡Allí!

—Un aparato marciano. ¡Y viene en nuestra dirección! ¡Nos han descubierto sin duda!

—¡Y detrás de aquél viene otro! ¡Cuidado! ¡Se nos va a echar encima toda la población marciana!

En efecto, un segundo aparato acababa de aparecer, y corría a toda velocidad detrás del primero. Los dos amigos no juzgaron conveniente permanecer allí, a la descubierta, y se preocuparon inmediatamente por buscarse un buen refugio.

—No falta donde podernos ocultar —dijo Fred —. Aquí hay rocas por todas partes. Sígueme, Bill.

—Date prisa, porque lo tenemos ya aquí.

Afortunadamente no tenían que andar demasiado. Allí mismo se veían algunas pequeñas cavidades, en el muro de la caverna, parecidas a grietas formadas por el mismo terreno. Su profundidad no era mucha, pero eran estrechas, y un helicóptero no podría penetrar en su interior.

Fred y Bill no vacilaron. Empuñando sus pistolas atómicas, se metieron en una de las grietas, ocultándose en el fondo de la misma. ,

—No importa que nos hayan visto entrar —dijo Fred—. Si quieren algo de nosotros, tendrán que aterrizar antes frente a la grieta, y salir del aparato. Y en este caso, estamos en mejor posición que nuestros enemigos.

Desde el fondo, y por la abertura que dejaba la grieta en su entrada, pudieron ver cómo el primero de los helicópteros descendía con toda rapidez hasta aterrizar allí mismo. Y una voz, que pudieron captar por los auriculares de sus cascos, gritó:

—¡Pronto, vengan a ayudarme! ¡Me están persiguiendo y sin ustedes no podré salir de este atolladero! ¡No hay tiempo que perder!

La voz llegaba ligeramente modificada a causa de los auriculares. Pero se podía identificar como femenina. Y Fred preguntó, por puro formulismo, pues había adivinado ya:

—¿Con quién hablamos?

—¿Con quién ha de ser, sino conmigo? —contestó la voz—. ¡Dense prisa o me destrozarán! ¡Soy Vivian Murray, la periodista! ¡He podido

escapar gracias a la confusión que se ha originado aquí!

CAPÍTULO V

A toda prisa Fred se lanzó hacia la salida de la grieta.

—¡Allá vamos, Vivian! ¡No se preocupe! —gritó.

Bill, sin embargo, tuvo un momento de vacilación. Quiso advertir a su amigo:

—¡Cuidado, Fred! ¡Puede ser una trampa!

Pero Fred no le hizo caso. Estaba ya a la salida de la grieta, y siguió corriendo hacia el helicóptero, del que le separaban muy pocos pasos. Bill no tuvo más remedio que seguirle, aunque murmurando:

—¡Conseguirás que nos entierren en Marte! ¡Estoy seguro de ello!

—¿Quieres que abandonemos a esa muchacha, Bill? Las periodistas me son antipáticas, pero no hasta el extremo de quererlas dejar ametrallador los marcianos.

Bill exclamó:

—¡Nuestro puesto está en el laboratorio, estudiando el microbio «azul» y tratando de encontrar un antídoto!

Todo fue inútil. Fred saltó por la compuerta del aparato, que Vivian había abierto ya, y se volvió para ayudar a Bill a pasar al interior.

Encima suyo evolucionaba ya el otro helicóptero, pero la posición vertical del muro de rocas le impedía servirse de sus ametralladoras para atacar al de Vivian, que se habían posado tocando casi la misma pared. Era una ventaja de la que Fred pensaba aprovecharse al tomar ahora los mandos.

—¡Vivian y tú ocupaos de la ametralladora de cola, por si hace falta, Bill! —dispuso. ¡Yo me cuidaré de lo demás!

Hizo ascender la nave en vertical, rápidamente, y en breves momentos

se encontró a la altura de la enemiga, que mandaba ya verdaderas rociadas de balas, algunas de las cuales perforaron el fuselaje de la que él pilotaba. Por fortuna, las ametralladoras de los helicópteros, que se utilizaban sólo para el orden interior, no iban provistas con balas atómicas.

El peligro no pasó de aquí. Vivian llevaba casco de vacío, y Fred y Bill no se habían quitado los suyos. Si se perdía el aire por los boquetes abiertos, no perjudicaría a nadie. Lo principal era que no hubiese sido alcanzada ninguna parte importante del helicóptero ni herido ninguno de sus tres tripulantes.

—¡Ahora va a llegar nuestra réplica, amigos! —anunció Fred.

Y pulsó el disparador de la ametralladora delantera. Pronto, una vez más, se puso en evidencia la superioridad de los terrícolas sobre los marcianos. Estos poseían sin duda mucha teoría, pero les faltaba la práctica, y a la hora de la verdad no conseguían imponerse sobre el terreno. Los marcianos no habían realizado operaciones militares fuera de su caverna, y allí, con ser muy grande, resultaba pequeño para los grandes movimientos de las naves en batalla. Esto explicaba la facilidad con que habían sido batidos por unas fuerzas acostumbradas a moverse por los espacios sin límites de todo el Sistema Solar.

Y Fred supo aprovecharse de aquella superioridad. Tan pronto estaba encima como a los flancos o debajo de la nave enemiga, y en sus veloces desplazamientos hubiera chocado más de una vez contra el techo o el flanco de la caverna, de no haber sido por su incomparable pericia en conducir. Fred era médico, pero había practicado siempre el deporte en todos sus aspectos, incluidos también los más peligrosos.

Las ametralladoras no dejaban de funcionar. Desde su puesto de mando, Fred daba continuos avisos a sus amigos.

—¡Atención! ¡Ahora! ¡Fuego!

Las perforaciones eran cada vez más numerosas en la nave marciana, hasta que por fin, ésta, alcanzada en alguno de sus puntos vitales, se abatió, cayendo en barrera y acabando por estrellarse contra el suelo.

—¡Lo hemos conseguido, amigos! —gritó Fred, triunfante.

En aquel momento advirtió que las fuerzas del comandante

Williams acababan de penetrar en la caverna y que, desde el suelo,

habían estado siguiendo las facetas de una lucha que para ellos era inexplicable. Fred consideró prudente mandar un mensaje, que sería captado por los auriculares del comandante y sus hombres.

—¡Aquí, Fred Oswell, señor! —exclamó—. ¡Me acompañan a bordo Bill Moffat y Vivian Murray, que ha conseguido escapar del poder de los marcianos! ¡Voy a efectuar un reconocimiento por estas inmediaciones!

—¡Adelante, Oswell! —contestó el comandante—. ¡Si hemos de luchar, puede usted sernos un magnífico auxiliar desde el aire!

Se tendría que luchar, desde luego, según pudieron apreciar Fred y sus compañeros desde el primer momento. El pánico había pasado ya en la gruta, y un fuerte destacamento militar estaba avanzando al encuentro de los terrícolas, llevando como protección algunos carros de combate. No habían salido nuevas naves. La superioridad en su manejo estaba tan evidentemente a favor de los terrícolas, que sin duda no habían querido efectuar nuevas pruebas.

Pero quizá no ocurriría lo mismo en tierra, y los marcianos avanzaban, dispuestos a dar la batalla contra sus enemigos.

—¡Atención, señor! —advirtió Fred —. ¡Se acerca un destacamento numéricamente superior al suyo, reforzado por carros!

—¡Trate de obstaculizarlo desde el aire, Oswell! —contestó el comandante—. ¡Yo he pedido más gente, que no tardará en estar aquí! ¡Puesto que hemos de combatir de todos modos, cuando antes empecemos, mejor!

Fred no se hizo repetir la orden. Además, convenía apresurarse, pues no era absolutamente seguro que los marcianos no pusieran en juego nuevas fuerzas aéreas: Y si lo llegaban a hacer, por poca que fuese su pericia estorbarían por lo menos los libres movimientos del helicóptero, que había pasado al poder de Fred y sus amigos.

Avanzó, pues, hacia las fuerzas marcianas, lanzándose sobre ellas en picado y con la ametralladora disparando ya.

Los primeros efectos de la intervención del aparato fueron catastróficos para los marcianos, que tal vez no esperaban la agresión. Aquel aparato era suyo. Lo habían visto luchar contra otro, también marciano, pero no sabían quiénes eran los que tripulaban al vencedor.

Lo supieron a sus expensas, cuando las balas empezaron a segar sus

filas, mientras Fred, desde la pequeña cabina de mandos iba gritando:

—¡Pueden rendirse! ¡Garantizamos que sus vidas serán respetadas y que podrán continuar aquí en condiciones dignas!

No estaba autorizado para prometer aquello, pero tenía la seguridad de que el comandante respaldaría sus palabras si los marcianos llegaban a rendirse.

Pero no recibió respuesta alguna. Las filas se disgregaron, y sus componentes empezaron a correr en todas direcciones, limitándose de momento a escapar del terrible fuego.

Después de la primera pasada, sin embargo, se pudo comprobar de modo evidente que los marcianos habían sido diezmados, al tiempo que quedaban inservibles algunos de sus tanques.

El fuego de las ametralladoras abría grandes boquetes en sus corazas, fundiendo el metal y alcanzando luego a los conductores o las partes vitales del interior.

Fred comunicó de nuevo con el comandante.

—¡Sí se propone atacar, ahora es el momento, señor!

—¡De acuerdo, Oswell! ¡Y gracias por su ayuda!

Momentos después, desde el aire, los tres tripulantes del helicóptero vieron cómo las fuerzas terrícolas se lanzaban a la ofensiva. Los soldados avanzaron, protegiéndose en los relieves del terreno, mientras sus armas atómicas no cesaban de disparar. Los marcianos empezaron a replegarse, disparando también, y ocasionando bajas entre las fuerzas del comandante Guy Williams. La batalla estaba en su apogeo, pero con evidente ventaja por parte de los soldados de la Tierra.

—Vamos a iniciar la segunda pasada —dijo Fred —. Aprovechémonos de que no han aparecido hasta ahora nuevas fuerzas aéreas.

Algunos marcianos disparaban sus fusiles atómicos contra el helicóptero, tratando de evitar una nueva aproximación. Pero Fred efectuó la pasada a pesar de todo, sin recibir nuevos impactos en su pequeña nave, y consiguiendo otro retroceso por parte de las fuerzas enemigas.

—¡Poco a poco llegaremos a una de las ciudades! —gritó el

comandante, satisfecho por los resultados conseguidos—. ¡Siga mientras pueda, Oswell! ¡Ya sé que no se lo puedo ordenar, pero...!

—No hace falta una orden para que me decida a combatir a esos individuos, señor —contestó el joven —. Nos han hecho demasiado daño para que tengamos ahora contemplaciones.

Y se dispuso a iniciar otra pasada.

—¡Acabarán abatiéndonos, Fred! —gritó Bill, verdaderamente asustado.

Fred dijo:

—¿Sí? ¡También podían haber acabado poniéndonos su inyección de microbios y no lo han hecho! ¡Si quieres, aterrizaré para dejarte fuera!

—¡Será capaz de aceptarlo! —exclamó Vivian—. ¿No me suponían a mí en contacto con el enemigo? ¡Pues ahora es el momento de demostrar lo contrario! ¡Adelante, Fred! ¡Yo cuidaré de la ametralladora de popa si Moffat nos abandona!

Las palabras de Vivian, y sobre todo sus hechos eran una verdadera justificación. Habían salvado a la joven cuando la perseguía un helicóptero marciano; habían luchado contra él y lo habían derribado, haciendo parecer a sus tripulantes. No se podía, pues, pensar que Vivian era marciana, ni siquiera que estuviese en contacto con el enemigo. Era inadmisible la idea ele que los otros se hubiesen sacrificado sólo para que la joven pudiese demostrar su inocencia.

Todo esto So estaba pensando Fred, mientras se preparaba para intervenir de nuevo.

—¿Qué decides, Bill? —preguntó—. ¿Quieres de verdad que aterrice?

—No tengo empeño en pasar por cobarde. Sólo quiero hacer constar que soy médico y no soldado.

—Todos somos soldados cuando las circunstancias So exigen. Pero celebro tu decisión. ¡Adelante, pues!

Pero no llegó a lanzarse. En tierra habían empezado a ocurrir cosas que aconsejaron una mayor prudencia.

Las fuerzas marcianas habían emprendido de pronto una retirada rápida, que más bien se parecía a una fuga, aumentando de este modo

la distancia que las separaba de los terrícolas. Estos se lanzaron detrás suyo, animados por el comandante, pero inesperadamente se empezaron a producir explosiones en el suelo, de inusitada violencia, alzando piedras de gran tamaño, que eran arrancadas, y llevándose también muchos combatientes, que caían luego destrozados, convertidos en únicas víctimas visibles de la batalla.

—¡Rayos! —gritó el comandante—. ¡Esto no puede continuar! ¡Alto todo el mundo! ¡Que se suspenda el avance!

No sólo los terrícolas no avanzaron más, sino que emprendieron una lenta retirada hacia sus bases de partida. Las explosiones, sin embargo, se iban sucediendo, ahora en tierra de nadie, y por lo tanto sin ocasionar nuevas víctimas.

Cesaron tan repentinamente como se habían iniciado. Se produjo una leve pausa en la lucha, y entonces, una voz procedente del bando marciano y salida sin duda de uno de los carros de combate, provisto de emisora, anunció:

—¡Acabamos de hacer la primera advertencia! ¡El suelo de la gruta está minado, y esto no es más que una pequeña muestra de lo que puede ocurrir! ¡Antes de rendirnos, antes de ser vencidos, la gruta entera volará y pereceremos todos entre sus ruinas! ¡Sabemos que somos menos fuertes, pero tenemos esta última carta a nuestro favor! ¡La jugaremos si las fuerzas terrícolas no se retiran inmediatamente!

Siguió el más completo silencio. Ahora, ninguno de los dos bandos hacía nada para modificar su posición. Los marcianos esperaban a ver qué decidían los terrícolas, y éstos no se atrevían tampoco a actuar, temerosos de que la amenaza llegara a cumplirse.

—No vacilaría en sacrificar algunos de mis soldados en defensa del interés general —murmuró el comandante—. Pero sucumbir todos aquí, estúpidamente y sin provecho alguno, me parece exagerado.

Sus oficiales estaban de acuerdo con él. Se había ido allí a buscar la victoria, aun a costa de bajas, pero no a realizar un sacrificio de aquella envergadura, que eliminaría de un golpe todo el poder terrestre en Marte, dejando las Bases a merced de los marcianos que se pudieran salvar de la catástrofe.

—Porque no hay duda de que algunos se salvarán —repuso Williams —. No creo que los dirigentes, por lo menos, acepten el sacrificio para ellos mismos. Y entonces el terror sería aún más grande.

El helicóptero de Fred había descendido lentamente, hasta posarse sobre el suelo, y sus tres tripulantes habían saltado al exterior. Se acercaron al grupo formado por Williams y sus oficiales.

—También ustedes tienen derechos a participar en el Consejo de Guerra, señores —les dijo el comandanta. Con su actuación se lo han ganado merecidamente.

Bill no quiso hablar, para que no le tildaran nuevamente de cobarde. Pero se alegró al oír que Fred aconsejaba:

—Yo evacuaría, señor. Es demasiada responsabilidad para nosotros, militares o no. Lo que ha sucedido aquí debe comunicarse al Alto Mando, en la Tierra, y que sea allí donde decidan.

—Es lo que pienso yo, Oswell —repuso el comandante—. No podemos provocar con nuestra conducta semejante explosión, perjudicando a aquéllos a los que estamos obligados a defender. Ordenaré la retirada, dejando, sin embargo, algunos destacamentos de vigilancia en el exterior.

Los marcianos no habían vuelto a hablar, esperando sin duda la respuesta de los terrícolas, la cual fue dada, no de palabra, sino de obra, al disponer Williams que las fuerzas emprendieran el camino del pasadizo que conducía al exterior.

—Se quedará aquí un retén de dos naves —dispuso entonces el comandante—. No queremos forzar las cosas, pero tampoco estamos dispuestos a permitir al enemigo que salga a atacarnos al exterior. Si lo intenta, pase lo que pase, la orden es reanudar la lucha.

A su lado, esperando poder ocupar sitios en las naves que iban a partir, estaban los dos médicos y Vivían. Esta llevaba bajo el brazo un paquete envuelto en papel, que había sacado del helicóptero al abandonarlo en la gruta, pero que momentáneamente no llamó la atención de nadie.

Williams se dirigió a los tres conjuntamente:

—¿Les importaría regresar a la Base en mi nave, señores? Por el camino podríamos aclarar algunas cosas..., sobre todo referentes a la conducta de usted, señorita.

—Ya sé que me he convertido en sospechosa —contestó ella —. Pero puedo justificar mi actitud. ¿Es necesario que me quite el casco para demostrar que no soy marciana?

—Sólo hace falta que pase a la cabina de mandos de mi nave, señorita. Luego le rogaré que conteste a algunas preguntas.

Minutos más tarde estaban todos instalados, y las naves que no tenían que quedar junto a la antigua colina emprendían el regreso. Entonces, el comandante Williams habló con calma, pero al mismo tiempo con acento firme, dispuesto a sacar la verdad como fuese.

—Su intervención en los sucesos que han ocurrido aquí en el curso de las últimas semanas ha sido oficialmente de mera observadora, señorita —dijo—. Sin embargo, desde la Tierra se han emitido noticias con su firma, pese a la prohibición absoluta de que fuesen difundidas. No hace falta que le pondere la gravedad de esto, pues la alarma allí es enorme.

—Lo único que puedo contestar es que tales noticias no fueron remitidas por mí. Alguien usó mi nombre para cargarme con la responsabilidad.

—¿Tiene idea de quién puede ser?

—En absoluto, comandante. Crea que lo siento, porque soy la principal interesada en desenmascarar al personaje.

—Bien, aceptemos provisionalmente esta declaración suya — repuso el comandante —. Hay otras cosas que pesan contra usted. Una de ellas que fue vista al pie de la colina, precisamente junto a la entrada del famoso pasadizo.

—Esto les ha servido a ustedes para descubrirlo, y con él el gran refugio de los marcianos. Deberían agradecerme que estuviera allí.

—¡Lo que queremos saber es por qué estaba, señorita! ¿Sabía usted que en aquel lugar había un acceso al refugio del enemigo?

—Sí —contestó ella, sin la menor vacilación —. Lo sabía.

—¿Y cómo pudo saberlo, a menos que...?

—A menos que estuviera en contacto con los marcianos, ¿verdad? —concluyó ella —. Pues también en esto va usted acertado, comandante. Lo estaba. Ya anuncié que si se me negaba información la buscaría por mi cuenta.

—¿Se atreve usted a decir que estaba en contacto con el enemigo, señorita Murray?

—No, comandante. He dicho que estaba en contacto con «los marcianos», pero no con «el enemigo». Hay mucha diferencia en ambas expresiones.

Ahora era ella la que hablaba con firmeza y seguridad. Williams, Fred y Bill comprendieron que iban a enterarse dé algo sensacional, y ninguno de los tres pronunció la menor palabra, invitando con su silencio a que Vivian se explicase.

—Todo ocurrió ayer, después de la detención de los dos marcianos que estaban mezclados con nuestras fuerzas, y que supongo siguen prisioneros —prosiguió ella —. Quizá se temió que se les hiciera hablar y que acabasen denunciando el gran refugio, tras lo cual no se dudaba de que nuestras fuerzas se emplearían a fondo para conquistarlo. Entonces, otro de los marcianos, uno de los que andan libres, mezclados con nosotros, pero que en nuestras Bases han establecido conductos de comunicación con su refugio, se puso en contacto conmigo.

—¿Y usted no denunció a aquel enemigo? ¿Sigue no dándose cuenta de su gran responsabilidad?

—Crea que me doy cuenta de todo, pues de lo contrario no hablaría. Aquel marciano, que habló reservadamente conmigo, no era un enemigo. Supe por él que no todos los de su raza están de acuerdo con la guerra bacteriológica que se ha iniciado, y que son muchos los que quieren establecer relaciones amistosas con los habitantes de la Tierra. La realidad es que los que buscan la guerra y el dominio son una minoría, pero disponen de la fuerza.

—Eso cuesta creerlo, señorita.

—Quizá le cueste menos cuando haya terminado. Aquel marciano se había infiltrado entre los que podríamos llamar «belicistas», con el propósito de buscar ayuda entre nosotros. Quieren quitarse de encima la tiranía de sus propios conciudadanos y no la nuestra. Si les facilitamos armas, intervendrán en la lucha a nuestro favor, atacando a la minoría, que hace la infame guerra del «microbio azul».

—¿Y esos marcianos «buenos» la eligieron a usted como embajadora?

—Aunque se burle, comandante. Me habían observado, conocían mis actividades como periodista, y el que habló conmigo me propuso entregarme un memorial, que yo había de hacer llegar a manos de usted. Temió que le detuvieran sin creerle si acudía directamente.

—Todo eso que cuenta usted es muy curioso, señorita —Williams había atenuado su anterior tono de incredulidad—. Supongo que aceptaría actuar como intermediaria.

—Acepté, en efecto. El marciano me citó entonces a la entrada del pasadizo en la colina, pero cuando esperaba, fui sorprendida por los señores Oswell y Moffat. Consideré prudente huir, pero... ya saben el resto.

—En resumen, que nos hemos quedado sin memorial —dijo el comandante.

Vivian exclamó:

—Todavía no he terminado. Me hicieron regresar allí, ignoro por qué motivo.

Williams miró a los dos médicos, como interrogándoles, y fue Fred el .que contestó:

—Yo se lo ordené, porque Bill, quiero decir el doctor Moffat, me lo sugirió así.

—Yo pensé que la señorita Murray estaba allí para algo, y que si la obligábamos a volver podríamos descubrir cosas interesantes —explicó Bill, añadiendo a continuación —: Claro que no esperaba que fuese algo tan interesante como lo que descubrimos en realidad.

—Cuando descendí del helicóptero, la entrada del pasadizo estaba abierta y por ella vi salir a varios marcianos —continuó Vivian—. Entre ellos no estaba el que me había citado a mí. Pensé de momento que aquel sujeto me había engañado, buscando sólo hacerme caer en una emboscada.

—¿Y no fue así? —preguntó el comandante.

—No. Luego he sabido que el individuo se tuvo que retirar apresuradamente, debido a la inesperada presencia de sus compañeros. Al parecer, alguien les advirtió de que yo iba a presentarme allí.

—¿Quién les pudo advertir? —preguntó Bill —. Sólo Fred y yo sabíamos que usted tenía que volver a la entrada del pasadizo. Y ninguno de los dos comunicó con nadie.

—Esperemos que el misterio se aclare en algún momento — contestó

Vivian—. Lo cierto es que los marcianos fueron mandados allí para cogerme, y que lo consiguieron. Vino luego el bombardeo, y con él el gran desconcierto en el interior del refugio. Entonces el marciano «amigo» tuvo ocasión de verme y ayudarme a escapar. Fue él quien me facilitó el helicóptero con el que fui a pedir auxilio a los señores Oswell y Moffat. ¿Suponen ustedes que si ese marciano no hubiera sido amigo hubiese hecho esto?

Hubo unos momentos de silencio, durante los cuales los tres hombres parecieron reflexionar profundamente. Lo rompió el comandante, al decir:

—Ha hablado usted antes de un memorial, señorita.

—Sí, comandante. El que se ofreció a entregarme el marciano. El que nos ha de ayudar a poner en claro muchos de tos misterios, con lo que nos hemos tenido que enfrentar.

—¿Y se lo llegó a dar?

— Sí —contestó la joven—. Me lo dio al ayudarme a escapar en el helicóptero. Y lo tengo aquí.

Entonces Vivian mostró el paquete, del que no se había desprendido. Desenvolvió el papel y todos pudieron ver un conjunto de hojas escritas a máquina, redactadas en lengua inglesa.

—Tenga, comandante —dijo, entregándolas a Williams—. Con esto termina la misión de intermediaria que acepté llevar a cabo. ¿Creen ustedes ahora que mi conducta está justificada?

CAPÍTULO VI

Nadie contestó. La vista de todos estaba fija en aquellos papeles, cuyos primeros párrafos el comandante estaba leyendo para sí con toda rapidez. En sus ojos se reflejaba el asombro. Y comprendiendo el interés que todos tenían por conocer su contenido, se puso a leer el documento en voz alta.

Empezaba presentándose un marciano llamado Thamir, que se

denominaba a sí mismo jefe de la oposición, contra la tiranía que la familia Melrok venía ejerciendo en Marte desde hacía varias generaciones. Los Melrok y sus secuaces, que detentaban el poder y la fuerza, aspiraban a ejercer el dominio no sólo en Marte, sino en la misma Tierra, que en el documento se calificaba de patria remota de la actual raza marciana.

Para ello se habían preparado meticulosamente. Poseían las mejores armas y controlaban las grandes naves de guerra. Pero, como se consideraban inferiores en número y preparación, y no se veían capaces de llevar a cabo una guerra leal contra los terrícolas, habían recurrido al procedimiento del «microbio azul» para imponerse por el terror. Su plan consistía en acabar ante todo con la dominación terrestre en Marte, y luego pasar ellos a la Tierra para dar muerte, mediante su microbio, a los principales jefes, tanto civiles como militares, que ejercían el poder allí. Trataban, en definitiva, de dejar a la Tierra sin control, implantando el terror, con lo que pese a ser su número muy escaso, los secuaces de Melrok conseguirían luego el dominio con facilidad.

A esto se oponían Thamir y el resto de los marcianos, aunque de momento su oposición carecía de efectividad por no disponer de medios para combatir a sus enemigos dentro de! propio planeta Marte. El objetivo principal del documento era, pues, solicitar dichos medios. Una vez les hubieran sido facilitadas armas, Thamir y los suyos se comprometían a iniciar la lucha contra Melrok y su grupo al que estaban seguros de eliminar en breve tiempo y antes de que la acción del «microbio azul» hubiera adquirido proporciones devastadoras.

Seguía una historia sucinta del pasado de Marte. Según el documento, en dicho planeta había habitado milenios atrás una raza autóctona, terriblemente cruel y sanguinaria, y poseedora al mismo tiempo de una civilización técnica muy avanzada. Aquellos seres habían realizado incursiones a la Tierra con sus naves, cuando la Humanidad se hallaba todavía en los más remotos comienzos de la Edad de Piedra. Las incursiones no tenían otra finalidad que proveerse de esclavos, para dedicarlos a los diversos y más pesados trabajos en el planeta Marte. Con los hombres, se habían llevado los marcianos algunas especies animales, que fueron aclimatadas en Marte para que sirvieran de alimento a aquéllos. Así, en Marte empezó a haber dos razas completamente distintas: la autóctona y la de los hombres prehistóricos, que sin derecho alguno, relegados a la más servil esclavitud, estaban a su servicio.

Fue poco después cuando se produjo el gran cataclismo que arrebató a

Marte su atmósfera y su agua. Las últimas reservas habían quedado en la enorme gruta subterránea, y allí fue a refugiarse lo que había quedado de la población de ambas razas, asi como de los animales que habían sido domesticados.

Sin embargo, la catástrofe había tenido proporciones cósmicas. Gran parte de la población autóctona pereció en la misma, y entonces, los esclavos, hombres importados de la Tierra, vieron su gran oportunidad. Siguió una lucha terrible, que fue ganada por los terrícolas; una lucha de exterminio, tras la cual no quedó con vida ningún representante de la primitiva raza marciana. En la superficie todo había quedado destruido a consecuencia del cataclismo; y en el subsuelo, después de la lucha entre las dos razas, todo quedó reducido al estado más primitivo que se pueda imaginar. Los pocos hombres que sobrevivieron a la guerra tuvieron que empezar de nuevo, lentamente, buscando su adaptación a los escasos medios a los que habían quedado reducidos.

Y así fue cómo se inició la segunda raza marciana, teniendo ahora como base a los hombres que hablan sido importados de la Tierra siglos atrás. Fue una adaptación lenta, en la que sólo sobrevivieron los más capaces. Durante siglos, los nuevos marcianos se esforzaron por adaptar sus pulmones al doble sistema de atmósfera: la abundante del interior de la gruta, y la escasa del exterior del planeta. Aquello les era necesario, sobre todo al principio, porque faltos de todo medio se veían precisados a vivir en la más completa oscuridad en el interior de la gruta, y hubiesen terminado por perder el sentido de la vista.

El documento se extendía en detalles sobre la nueva lucha que los terrícolas, convertidos en marcianos, habían tenido que soportar para conseguir sus fines de supervivencia propia y de los animales que constituían su alimento. Siglo tras siglo se había ido avanzando lentamente hasta conseguir en parte la reconstrucción de los medios de que disponían los antiguos habitantes de Marte.

Ahora, la nueva raza estaba ya en condiciones de respirar por igual en una atmósfera semejante a la terrestre, como en la escasa de la superficie de Marte. Sus pulmones aceptaban sólo una mínima cantidad de aire, rechazando el resto sin perjuicio alguno cuando se encontraban en un ambiente de abundancia. En cuanto al resto de su organismo, seguía siendo idéntico al de los actuales habitantes de la Tierra.

Y así se había llegado al establecimiento de las primeras Bases terrestres en Marte. Fue entonces cuando Melrok, abuelo del actual

tirano del mismo nombre, se había adueñado del poder y había decidido la guerra sin cuartel para conquistar la hegemonía no sólo en Marte, sino en la misma Tierra, su remota patria. Melrok y sus partidarios se consideraban con más derechos que ninguna de las actuales razas terrestres, ya que ellos, a consecuencia de su traslado a Marte habían sido los primeros humanos en poseer una civilización de algún tipo.

Sin embargo, eran pocos y no estaban en condiciones de declarar una guerra abierta a la humanidad. La gruta, con ser grande, no había permitido que se formara en ella una población numerosa, comparable a la que se hubiera podido formar de haber habitado la nueva raza marciana toda la superficie del planeta.

Por lo tanto, para realizar sus sueños de conquista, se tenía que recurrir a medios solapados. A la guerra bacteriológica que exterminase, si no a todos ¡os habitantes de la Tierra, por lo menos a sus principales jefes y gobernantes, para que el resto, falto de dirección y desmoralizado por el terror, se sometiera con facilidad.

Así empezaron las infiltraciones. Los marcianos se aprovechaban de su apariencia de terrícolas para hacerse pasar como tales, adoptaban nombres nuevos, y se mezclaban con sus remotos hermanos de raza. El propio Melrok, el actual tirano, nieto del Melrok primitivo, había estudiado en la Tierra y dirigía toda la acción desde la sombra, fingiéndose terrícola, mientras sus secuaces le obedecían ciegamente.

Melrok se comunicaba continuamente con ellos. Llevaba encima un pequeño aparato transmisor, fácil de disimular, y que funcionaba mediante pulsaciones semejantes al sistema Morse. De este modo, mezclado con los terrícolas, pasando como uno más de ellos, Melrok podía dar sus órdenes sobre la marcha, de acuerdo con lo que aconsejaban las circunstancias. Nadie podía sospechar quién era. Incluso hablando con otro, podía disimuladamente pulsar su pequeño aparato sin que su interlocutor se diese cuenta de nada. Y en la caverna, un servicio permanente ante el receptor bastaba para que las órdenes fuesen inmediatamente cumplidas.

Al llegar a este punto del relato, Guy Williams efectuó una breve pausa en la lectura. Acababan de ser reveladas cosas de gran interés; cosas que se hubieran podido calificar de increíbles si los propios acontecimientos no hubiesen acreditado su veracidad.

Miró a las tres personas que le escuchaban, con el máximo interés puesto en la continuación de la lectura.

—Es terrible pensar que uno de nosotros puede ser ese Melrok —dijo —. Esta infiltración de que habla el documento, que hemos de reconocer como real, creará un ambiente de desconfianza entre nosotros. Nunca sabremos si al hablar nos dirigimos a un terrícola o a un marciano.

—Existe la prueba de la respiración —dijo Bill—. Los auténticos terrícolas no podemos soportar la escasez de atmósfera de la superficie de Marte. Claro que si Melrok y sus adictos consiguen trasladarse a la Tierra con los «microbios azules», allí la identificación será mucho más difícil.

—Es una lástima que Thamir no nos diga bajo qué nombre terrestre se enmascara Melrok —intervino Fred.

—Es posible que lo diga al final —repuso el comandante—. Me quedan todavía dos hojas por leer. Me he interrumpido porque no he podido menos que hacer un comentario, después de lo que este buen amigo nos explica aquí.

Y dirigiéndose a Vivian, repuso:

—Señorita Murray, he de felicitarla cordialmente por la gestión que ha realizado.

—Menos mal que los periodistas servimos alguna vez para algo — contestó ella. Se sentía completamente reivindicada, y había recuperado su aplomo habitual.

Estaban todavía en la cabina de mandos de la nave, pese a que hacía ya mucho rato que habían llegado a la Base Principal. Pero el comandante no había querido interrumpirse para pasar a su despacho, y se habían quedado allí, solos, por considerarse a salvo de cualquier indiscreción.

Guy Williams se dispuso a continuar la lectura. Echó antes un vistazo rápido a las dos hojas que quedaban, por si descubría en ellas el nombre adoptado por Melrok y poderlo comunicar así enseguida a sus oyentes.

Pero no tuvo tiempo de encontrar nada. De pronto, inesperadamente, se produjo una brusca sacudida que hizo tambalear a la nave. Algo así como si hubiese tenido lugar un fuerte terremoto. A aquélla siguió inmediatamente otra, y durante unos minutos pareció como si el suelo de Marte estuviera fallando, repitiéndose el cataclismo que milenios atrás había transformado de modo tan radical su superficie y su modo

de ser.

El nuevo acontecimiento hizo olvidar todo lo demás. Los tres hombres y la mujer se pusieron en pie, alarmados, y el comandante corrió a los mandos de la nave para establecer comunicación con la emisora de la Base.

Un rostro en el que se reflejaba el pánico apareció en la pantalla.

—¡Soy yo, Jackson! —gritó el comandante—. ¿Que sucede? ¿Qué significa este temblor?

—No tengo la menor idea, señor —contestó el soldado—. Estoy esperando informes. ¡Un momento, señor! ¡Me están llamando de las Bases Cinco y Doce!

Hubo una breve interrupción, tras la cual el rostro de Jackson apareció de nuevo en la pantalla.

—¡Las Bases están siendo destruidas, señor! —dijo.

—¿Cómo? —exclamó el comandante, teniendo detrás suyo a Fred, Bill y Vivian.

—¡Parece que estaban minadas, señor! ¡Los marcianos están procediendo a su voladura! ¡La gente no sabe qué hacer, presa del pánico! ¡Los muertos son a centenares!

—¡Rayos! ¡Tampoco yo sé qué hacer! ¡Nunca había previsto semejante eventualidad!

—¡Permítame, señor! ¡Estoy recibiendo nuevas llamadas!

Se produjo una nueva interrupción. Mientras, el temblor de tierra que denunciaba las lejanas explosiones no cesaban un momento. ¡La superficie entera del planeta parecía estar sometida a las voladuras!

El rostro del telegrafista reapareció en la pantalla.

—¡Las fuerzas destacadas a la entrada del pasadizo piden instrucciones, señor! ¡El terreno se está hundiendo bajo sus pies, llevándose a hombres y naves! ¡Al parecer, los marcianos han procedido a la voladura general de su gruta!

—¡Dijeron que no lo harían si yo me retiraba! —gritó el comandante —. ¡No han sido capaces de cumplir su palabra!

—Sí, señor. Pero ¿qué contesto?

—¡No sé! ¡No tengo la menor idea! ¡Me es imposible controlar mi cerebro!

—¿Me permite una sugerencia, comandante? —intervino Fred.

—Hable, Oswell. Ayúdeme en algo si puede.

—Mi parecer es que se debe proceder a la rápida evacuación de la superficie de Marte antes de que se pierdan las naves, que, en última instancia, nos servirán para regresar a la Tierra!

—¡Ya se me ha ocurrido esto! ¡Pero yo no regreso a la Tierra para confesar que me he visto obligado a huir de Marte, abandonándolo al enemigo! ¡Esto es demasiado para mí!

—¡No ha de pensar en usted, señor, sino en la gente que está bajo su protección! ¡Y esa gente ha de ser evacuada a toda prisa! ¡Yo le pido que curse la orden!

—¡Piense que en cualquier momento puede estallar esta Base Principal en la que nos encontramos! —reforzó Bill.

—¡Está bien! ¡Jackson, diga que todo el que pueda, suba a una nave! ¡Las explosiones no alcanzarán al espacio aéreo! ¡Pero que nadie emprenda el camino de la Tierra hasta recibir órdenes mías!

—¡Demasiado tarde, señor! ¡Algunas naves han escapado ya! ¡Otras muchas se han perdido, y la gente, entre explosiones que acaban con ellos, lucha por conseguir un puesto en las naves que quedan!

Era el auténtico terror. Las noticias que se recibían de continuo en la Base Principal, mientras era posible comunicar con alguna parte, no hacían más que confirmar la magnitud que rápidamente estaba adquiriendo la catástrofe. A medida que transcurrían los segundos, se iba haciendo imposible controlar nada. La gente había empezado pidiendo ayuda por instinto, pero ahora ya nadie hacía caso de nada ni se escuchaba ninguna voz. Era algo aún más terrible que el pánico desencadenado por la «epidemia azul». Se estaba luchando por la supervivencia, por hallar algún medio de escapar al cataclismo, y cada hombre se había convertido en un feroz enemigo de los demás.

La amenaza era, pues, cierta. Marte estaba minado. No sólo la enorme gruta que servía de refugio a los marcianos, sino el terreno donde se asentaban las Bases, y hasta quizá muchos otros lugares inesperados.

Melrok y sus secuaces habían tenido tiempo para prepararlo todo con paciencia. Y, ahora, quizá considerándose perdidos a causa de algo que Williams y sus compañeros ignoraban, habían decretado la voladura general. ¡Marte se estaba desintegrando, y arrastraba a la muerte a todos los habitantes de la Tierra que se habían establecido allí!

—Sólo podemos hacer una cosa —dijo el comandante, después de haberse esforzado por reflexionar un poco—. Como ha dicho usted, Oswell, la Base Principal, puede volar de un momento a otro. Me sorprende que la hayan dejado intacta aún. Por lo tanto, aprovechemos el tiempo que nos queda, si nos queda en realidad, para salir de aquí a toda prisa.

Y colocándose ante el visor de la pantalla, ordenó:

—¡Jackson! ¡Que todas las fuerzas y gente de la Base pasen a las naves y salgan al espacio! ¡Desde arriba veremos qué se puede hacer para reducir al enemigo!

—¡Sí, señor! —contestó Jackson. Y cortó inmediatamente la comunicación.

El muchacho estaba aterrado y tenía prisa por recibir la orden de abandonar su servicio. No se entretuvo en hacer ningún comentario. Pero el comandante y sus compañeros sí que lo pudieron hacer, cada cual según lo que sentía y pensaba en aquellos momentos.

—Temo que no se podrá hacer nada contra el enemigo —dijo Fred—. La agresión se produce una vez más desde la sombra. No nos debe caber la menor duda de que las voladuras se producen desde un sitio seguro, donde los secuaces de Melrok se encuentran a salvo. Ellos no perecerán.

—¡Y dispondrán de naves para dirigirse a la Tierra con su microbio! —rugió el comandante—. ¡Están triunfando! ¡Rayos! ¡Están triunfando!

—Si hubiésemos tenido tiempo de facilitar armas a Thamir y a los suyos... —se lamentó Vivian.

—Yo creo que todo lo que se está diciendo aquí no sirve para nada —dijo Bill—. Y mientras, nos exponemos a que la Base empiece a volar. ¿No ha ordenado la evacuación?

—Tú siempre tan prudente, Bill —ironizó Fred.

—Voy a lo práctico, y considero estúpido esperar aquí la muerte.

—Esta nave será la última en salir —dijo el comandante—. Lo siento, pero no abandonaré la Base mientras quede en ella una sola persona. Si alguno de ustedes So considera conveniente, puede trasladarse a cualquiera de las que saldrán después.

Bill se encogió de hombros, aunque en su rostro se notaba la intensa palidez.

—Está bien —dijo—. Si ustedes se quedan, yo les imitaré. Después de todo, resulta bonito hacer de héroe.

No se habló más, pues a partir de aquel momento el comandante se preocupó de controlar las salidas. El temblor de tierra continuaba, demostrando que las explosiones no habían cesado. Pero en la Base, inexplicablemente, no ocurría nada. Y la evacuación empezó a efectuarse con toda normalidad.

Bill habló aparte con Fred, en voz muy baja, mientras el comandante seguía controlando las salidas.

—¿No te parece extraño todo esto?

—¿A qué te refieres? — preguntó a su vez Fred.

—A que todo vuele excepto esta Base. Precisamente la Principal, donde está el comandante, y que según la más elemental lógica, debería haber sido la primera en volar.

—Sí, ya me he dado cuenta de esto. Me parece muy raro. Pero alguna explicación tendrá.

—Yo no veo más que una — repuso Bill—. El traidor ha de estar aquí, ¿no te das cuenta? ¡El traidor, que puede ser muy bien el propio comandante!

¿Eh?

—¡El nos ha leído el memorial de Thamir! ¡Y las explosiones han empezado en el momento justo en que iba a ser desenmascarado Melrok! ¿Por qué no nos echamos encima suyo y le arrebatamos esas últimas hojas? ¡Allí estará el nombre!

—¡Cuidado, Bill! —dijo Fred—. Ya te equivocaste una vez con Vivían. No nos expongamos a un nuevo fracaso.

—Serla todo tan fácil…

Pero en aquel momento, y antes de que tornaran una decisión, el comandante se volvió hacia ellos.

—Todas las naves han salido ya de la Base —dijo—. Los últimos hombres están tripulando la nuestra. Por lo tanto, ha llegado el momento de que partamos también.

Algunos soldados entraron en la cabina para hacerse cargo de los mandos y de las comunicaciones. El ataque al comandante se hacía imposible ya porque hubiese provocado la alarma general, Bill y Fred tuvieron que aplazar su decisión, en espera de nuevas oportunidades. Vivían había permanecido sentada, entregada a sus pensamientos, y sin reparar en la breve conversación de los dos médicos.

Y algunos minutos más tarde la nave se hallaba en pleno espacio, desde donde fue posible contemplar las destrucciones que la gente Melrok había realizado en el planeta.

Las Bases estaban completamente destruidas. El suelo aparecía agrietado, y entre montones de escombros se distinguían restos de naves y cadáveres destrozados. Del destacamento dejado a la entrada del pasadizo sólo se había podido salvar una nave. Los restantes, y los hombres que no habían tenido tiempo de embarcar, habían sucumbido. El sitio ocupado antes por la colina se había convertido en un inmenso foso, cuyos escombros llenaban la antigua gruta, refugio de los marcianos, ahora volada por completo.

No se vela nadie en la superficie. No se sabía qué había sido de los marcianos. Se ignoraba si también ellos habían perecido en la catástrofe o si antes habían recibido orden de evacuación, para buscar refugio en algún sitio previamente designado. No se sabía nada.

Sólo había vida sobre el cielo del planeta. Allí evolucionaban las naves que se habían podido salvar, en espera de órdenes, mientras que muchas, sin aguardarlas, habían emprendido ya el camino de regreso a la Tierra.

El comandante se preocupó ante todo por estas últimas. El espectáculo dantesco que ofrecía la superficie del planeta, con ser imponente, era irremediable. Pero se tenía que evitar en lo posible que los evacuados de Marte llegasen a la Tierra, y allí, con sus terribles relatos, acrecentaran todavía más el pánico general.

—Póngase en contacto con las naves fugitivas — ordenó al operador

—. Dígales que regresen inmediatamente, o de lo contrario avisaremos a las fuerzas aéreas de la Tierra para que impidan su desembarco. ¡Urgente!

— Sí, señor.

El subordinado operó en los mandos, y un momento después aparecía una de las naves en la pantalla del radar.

—Ya tengo una localizada, señor —dijo—. Las restantes han de estar cerca de ésta, y me costará poco conseguirlas.

—Llame a su operador — ordenó el comandante.

De nuevo se dispuso el muchacho a manipular, paro antes de que la nave desapareciera de la pantalla ocurrió algo que los llenó a todos de terror.

En la pantalla se produjo un intenso relámpago muy brillante, que se disolvió luego en una espesa humareda, de color muy negro. Había sido una explosión. ¡La nave focalizada acababa de estallar, llevando a la muerte a aquellos infelices que pensaban haber escapado ya de la catástrofe y se alegraban con la idea de su próximo regreso a la Tierral

—¿Han visto ustedes? —pudo decir el comandante, al cabo de algunos segundos.

—¡La nave ha estallado, señor! —gritó el telegrafista—. ¡Y la pantalla está acusando una llamada!

—¡Conecte!

Apareció el rostro horrorizado de un hombre. Era uno de los tripulantes de las naves fugitivas. El comandante apartó al telegrafista de su puesto y se puso él en su lugar.

—¡Hable! —gritó—. ¡Diga lo que ocurre ahí!

No pudo acabar, porque su rostro fue borrado por una llamarada tan intensa como la que había hecho volar la nave vista en primer lugar. ¡El infeliz que pedía auxilio y su nave acababan de desaparecer también!

Williams abandonó el puesto, aterrado, y se volvió hacia los otros compañeros que estaban en la cámara de mandos.

—No nos queda más que esperar nuestro turno, señores — dijo—. El

enemigo ha podido colocar explosivos en las naves con la misma facilidad que inyectaba microbios en las personas. Supongo que no habrán dejado de hacerlo en la que tripulamos y en las que nos rodean.

—¿No se puede hacer nada, comandante? —preguntó Bill.

Por lo visto, la prudencia se sobreponía en aquel momento a las sospechas.

—Sí —contestó Williams—. Lanzarnos al espacio antes de que sea tarde. Disponemos de paracaídas antigravitatorios. Con ellos regresaremos a la superficie de Marte, cosa que no han podido hacer esos infelices que han huido. ¡Que se curse la orden inmediatamente!

Pero Fred, que miraba al exterior a través del grueso cristal de la cabina, replicó:

—¡Demasiado tarde! ¡Las naves están estallando! ¡Miren!

Todos se precipitaron a su lado para mirar. El espectáculo aparecía ahora al natural. Las naves, como enormes granadas voladoras, iban estallando una tras otra en trágica y rápida sucesión. Parecían descomunales impactos de las antiguas baterías antiaéreas, que rodeaban a la nave tripulada por el comandante y su gente. ¡Nadie se salvaba! ¡La muerte estaba alcanzando a todos los que habían pisado el suelo de Marte!

Y también, como había ocurrido en la Base, ellos eran dejados para el final. O mejor dicho, ellos eran los únicos que escapaban a la matanza.

—¡Saltemos de una vez! —gritó Bill —. ¡Antes de que estalle!

—No hace falta —contestó Fred —. Estoy convencido de que nuestra nave no estallará.

—¿Y por qué no?

—Quizá más tarde pueda contestar a tu pregunta, Bill. Ahora, no me es posible. Lánzate al espacio si quieres.

—Si supiéramos… —empezó a decir Bill, pero se interrumpió porque la cadena de acontecimientos improvistos continuaba.

Las pantallas estaban en pleno funcionamiento. Y el operador acababa de advertir que algo ocurría sobre el suelo de Marte.

—¡Se está luchando, señor! —dijo, dirigiéndose al comandante—. ¡Parece que los marcianos pelean entre sí!

Otra vez la atención general se centró en la pantalla. Aparecía en ella una porción de suelo marciano, sobre el cual dos grupos de hombres, buscando protección en los accidentes del terreno, se tiroteaban con armas atómicas.

Se veían las relucientes llamaradas que brotaban de los cañones y las tenues nubecillas que se formaban cuando algunos de ellos eran alcanzados.

La pantalla fue recorriendo el campo de batalla. Uñó de los bandos era más numeroso que el otro, el cual se batía acorralado, pero teniendo en su retaguardia varias naves en las que en un momento dado sus componentes se podrían refugiar. La lucha parecía tener como finalidad el impedir que los del grupo menos numeroso escapasen en las naves.

Sólo cuatro personas, los que estaban enterados de la historia de Marte, eran capaces de comprender aquello.

—¡El grupo mayor es el de Thamir y sus partidarios! — exclamó Vivían —. ¡Han conseguido armas, por fin!

—¡Y han iniciado la batalla contra el tirano y sus partidarios! — repuso Fred —. ¡Quieren demostrar así que no aceptan ninguna responsabilidad por lo que ha sucedido en Marte!

—Creo que deberíamos ayudarles a vencer —dijo entonces el comandante, que al tratar de cuestiones bélicas se serenaba enseguida.

—Se puede atacar la retaguardia de los secuaces de Melrok desde el aire —sugirió Fred —. Les pesará haber dejado nuestra nave sin destruir.

—Haremos algo mejor —repuso Williams—. Bombardearemos su grupo de naves, destruyéndolas e impidiéndoles huir. Luego, será mucho más fácil ayudar a Thamir y los suyos.

Inmediatamente cursó la orden para que la nave se preparase a bombardear. Y en aquel mismo momento ésta experimentó una extraña sacudida, ladeándose y estando a punto de derribar al suelo a los que ocupaban la cabina de mandos.

—¿Otra sorpresa? —gritó Williams—. ¿Qué pasa ahora?

—¡Los motores, señor! —contestó el hombre que conducía los mandos—. ¡Están fallando! ¡Parece que se han producido pequeñas explosiones en ellos!

—¡Y en estos momentos!

—¡La nave se sostiene mal! ¡Tendremos que aterrizar!

—¡Hágalo! —dispuso el comandante—. ¡Pero dentro de lo que pueda dominar aún los mandos, acérquese lo más posible a la retaguardia del grupo menor! ¡Desembarcaremos detrás de ellos! ¡Somos aquí cincuenta hombres, que vamos a pesar en el momento de la acción!

La nave, aunque tambaleándose, obedeció todavía a los mandos y se fue aproximando, cada vez más cerca del suelo, al lugar señalado por el comandante. Todos seguían su marcha con inquietud.

—¡Curse órdenes a la tripulación para que se equipe y prepare a desembarcar! ¡Se entrará en combate inmediatamente!

—¡Sí, señor!

La nave se detuvo con un golpe seco, pero sin consecuencias para los que iban en su interior. El telegrafista avisó:

—Los hombres están ya preparados en la gran cámara, señor. Esperan órdenes.

—La orden es salir y atacar —contestó Williams—. ¡Abran la compuerta de la nave!

Se dispuso a colocarse el casco del vacío. Pero entonces, Bill se adelantó hacia él, con una rara expresión de firmeza en su rostro.

—Un momento, comandante —dijo—. Antes de abandonar la nave me gustaría aclarar algunas cosas.

—¿Eh? ¿Qué la pasa a usted ahora, Moffat? No es momento...

— Es el momento de desenmascarar al traidor. En el documento que tiene usted está su nombre. ¿Por qué no lo lee?

—¡Ya habrá tiempo para eso, Moffat! ¡Lo urgente es acabar con los secuaces de Melrok.

Inesperadamente, Bill, empuñó una pistola atómica, apuntando con ella al comandante. Sus ojos brillaban terribles.

—¡Antes acabaremos con el propio Melrok... que es usted! ¡Lo que pretende es ayudar a esos individuos y no atacarlos!

—¿Se ha vuelto loco? —gritó el comandante—. ¡Retire ese arma, Moffat, o de lo contrario...!

Levantó el brazo para agarrar la muñeca armada de Bill. Al mismo tiempo, Fred, que estaba algo apartado, se lanzó adelante, en dirección a su amigo.

—¡Quieto! ¡Quieto, Bill! —gritó.

Pero ni uno ni otro tuvieron tiempo de evitar el disparo. Bill apretó el gatillo del arma, y el comandante Guy Williams se convirtió en una nubecilla de humo, dejando de existir.

—¡He acabado con un traidor! —gritó Bill, saltando a un lado para evitar la tardía acometida de Fred.

Con su arma, apuntó al conjunto.

—¡Que no se mueva nadie, si no quieren seguir la suerte del comandante! —dijo. Y fue retrocediendo poco a poco hacia la puerta de la cabina.

Vivian estaba cerca, y Bill, cogiéndola por un brazo con la mano que le quedaba libre, la empujó hacia fuera.

—¿Qué hace, Moffat? —preguntó la joven, sin comprender.

—¡Yo se lo diré, Vivian! ¡Trata de huir, porque el traidor es él! ¡Ahora me doy cuenta, aunque tarde! ¡Ahora comprendo lo que estaba manipulando en su brazo izquierdo segundos antes de que estallaran los motores de la nave! ¡Lleva ahí el contacto de radio para hacerlos estallar! ¡Ahora comprendo por qué todo era destruido menos los sitios donde estábamos nosotros!

Vivian había sido empujada ya hacia fuera. Bill estaba en la puerta, apuntando, y dejó escapar una carcajada de burla.

—¡Tienes razón, Fred! —dijo—. Pero lo has adivinado demasiado tarde! ¡La gran venganza de los marcianos está aún en marcha! ¡Sólo que tú no verás el final!

Y apretó por segunda vez el gatillo del arma. Fred adivinó su gesto y se dejó caer rápidamente al suelo, al tiempo que el impacto

desintegrara algunas piezas del cuadro de mandos.

Pero Bill no esperó más. Salió de la cámara y cerró la puerta por el exterior. Otro disparo atómico destrozó el mecanismo, desde fuera, para impedir que se pudiera abrir.

Fred se levantó de un salto, lanzándose con todo su peso contra la puerta, que resistió el empuje.

—¡Ha asesinado al comandante, para que los hombres se quedaran sin jefe y no puedan intervenir con efectividad! — gritó—. ¡Pero ayúdenme a abrir esta puerta! ¡Todavía no ha salido de la nave!

El conductor y el telegrafista salieron del estupor en que habían caído.

—No conseguiremos abrir, estando destrozado el mecanismo — dijo el primero.

—Entonces, cierren la compuerta, para que no pueda salir él.

—La compuerta posee un mecanismo independiente, allí mismo. No se puede evitar que escape.

Fred, loco de furor, se abalanzó hacia el grueso cristal de la cámara, para ver lo que sucedía en el exterior. Y vio a Bill, que seguía empuñando la pistola, y que llevaba aún a Vivian cogida por un brazo, obligándola a seguirlo hacia el grupo de naves marcianas aparcadas cerca de allí.

Vivian se había puesto su casco de vacío. ¡Pero Bill iba con la cabeza descubierta! ¡Ya no necesitaba fingir! ¡Bill Moffat se mostraba con su verdadera personalidad de Melrok, el tirano de Marte!

Al mirarlo, Fred comprendió que con aquello se explicaban infinidad de cosas que habían sucedido en los últimos días.

CAPÍTULO VII

En el exterior, la lucha entre los dos bandos marcianos continuaba. Pero los partidarios de Melrok eran cada vez menos, aplastados por la imponente superioridad de la gente de Thamir. Cuando Bill llegó junto

a ellos, no quedaban más que una veintena, junto a las primeras naves, disparando desde detrás de las rocas que las rodeaban.

—¿Qué esperáis aquí? —preguntó Bill, furioso. Ahora ya no era médico cobardón, que buscaba todas las salidas fáciles. ¿Buscáis que acaben definitivamente con todos vosotros?

—Esperábamos órdenes, jefe —contestó un oficial—. Podríamos haber embarcado ya, pero no sabíamos si ésta era la intención de usted.

—¿Están en las naves las reservas de microbios?

—En todas, señor. Los hemos repartido de modo que si alguna nave se pierde, queden suficientes en las demás.

—Entonces, no perdamos más tiempo. ¡Todo el mundo a bordo y partamos en seguida!

Se inició el retroceso del grupo, de modo que las mismas naves les protegían de los disparos enemigos. Todo se hizo con mucha rapidez. Bill era dinámico, aunque se hubiera hecho pasar por otra cosa.

—¡Suba, Vivían! ¡Pronto! —ordenó.

—¿Qué quiere usted de mí? ¿Por qué no me deja? —preguntó la joven.

—Le reservo un castigo especial, muchacha. Puede empezar a hacerse una idea, porque ya conoce mis métodos. ¡Por su culpa ha estado a punto de perderse todo, y nos hemos visto obligados a realizar las destrucciones de Marte!

Vivian se asustó de verdad, y no tuvo ánimos para replicar siquiera. Obedeció la orden, y momentos más tarde se encontraba en el interior de la nave marciana. Bill empleó una sola para la evacuación, despreciando las demás. No disponía de hombres suficientes para tripularlas todas.

—Además, con una sola nave nos podremos infiltrar mejor en la Tierra —dijo—. Sin duda, darán la alarma para que nos corten el paso. Pero son tantas y tantas las naves que llegan a la Tierra de continuo, que el control absoluto es materialmente imposible. Y una vez en la Tierra...

Se interrumpió, mientras una siniestra sonrisa se dibujaba en sus labios.

—¡Despegad! —ordenó de pronto.

Uno de sus hombres hizo mover una palanca, y en la pantalla del radar se vio el suelo de Marte que se alejaba cada vez más.

Entonces, Bill se dirigió al aparato televisor. Lo manejó personalmente, y en la pantalla de la nave de Fred se registró el contacto. El joven había presenciado, impotente, la fuga de su antiguo compañero de Universidad, conjuntamente con el rapto de Vivian. El disparo de Bill no había afectado al aparato televisor, y Fred vio aparecer su rostro, radiante, en la pantalla.

—¡Hola, Fred! ¿Has descubierto ya el antídoto contra los microbios «azules» ¿No? ¡Pues lo siento, porque una inmensa cantidad de ellos está volando en dirección a la Tierra!

—¡Miserable! —sólo pudo exclamar Fred.

Bill contestó con una carcajada. Y luego repuso: —Te ha gustado saber quién era Melrok, ¿verdad? ¡Lástima que lo hayas descubierto cuando no podías hacer nada!

¡Maté al comandante porque hubiera sido capaz de hacerme fracasar en el último momento! ¡Y siento que no te acertara en el disparo que te dirigí a ti! ¡Como buen marciano, siempre te he odiado, Fred! ¡Pero esperaba matarte a última hora! ¡Quería que presenciaras mi triunfo! ¡Aquel intento de ponerme la inyección fue sólo para despistar! ¡Para alejar las sospechas de mí, como he hecho siempre!

—¡Es mejor que te calles, Bill! ¡Ninguna palabra tuya podrá disimular tu maldad!

Bill se rió de nuevo.

—Ahora estoy camino de la Tierra, con los microbios. Ya sabes que se reproducen con mucha rapidez —dijo luego—. Veinte hombres bien distribuidos son suficientes para completar el terror que ya sienten allí, y que se verá aumentado cuando empiece a morir gente a consecuencia de la «enfermedad azul». ¡Seré amo en la Tierra como lo he sido en Marte, Fred! ¡Mi raza ha quedado reducida a su mínima expresión, pero a pesar de todo se impondrá! ¡En un lugar secreto de Marte nos aguardan nuestras mujeres! ¡Con ellas y nuestros hijos nos convertiremos en señores...!

Fred, asqueando, cortó la comunicación. No le interesaba el final del discurso. Lo único que tenía que hacer, si podía, era impedir que Bill y

sus microbios llegasen a la Tierra. Se imponía por encima de todo disipar la gran oleada de pánico e impedir que se realizaran nuevos crímenes. ¡Los cometidos en Marte eran más que suficientes!

—Pero ante todo —dijo, completando sus pensamientos—, es necesario salir de aquí.

—Si dispusiéramos de un soplete atómico… —dijo el telegrafista.

—A falta de soplete podemos emplear una pistola —repuso Fred —. Es necesario salir. Es necesario impedir que ese loco llegue a la Tierra, y también lo es salvar a esa muchacha que tanto nos ha ayudado.

Vivian no era ya para Fred la «señorita metomentodo» de los primeros días. Aquella muchacha valerosa, decidida a todo, y que tanto se había arriesgado para ayudar a descubrir la verdad, merecía otro calificativo. ¡Y estaba convencido deque también por ella ansiaba salir de allí cuando antes!

Tomó su pistola atómica y empezó a disparar contra la puerta metálica. Los proyectiles producían pequeños desintegramientos que, efectuados en amplio círculo, acabaron por abrir un boquete suficiente a! menos para que se pudiera deslizar un hombre por él.

—¡Síganme ahora si quieren! —gritó Fred, pasando por la abertura.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó el telegrafista —. De todos modos, Bill Moffat, o como se llame, se nos ha escapado ya.

—Quedan las otras naves marcianas que él ha dejado —contestó Fred, ya desde el otro lado de la puerta.

Por el pasillo se colocó el casco de vacío. Y al cabo de pocos segundos se hallaba fuera de la nave, rodeado por un grupo de hombres sin casco, provistos de armas atómicas, pero que le miraban con actitud amistosa.

En la parte baja del casco de vacío había un pequeño altavoz que permitía hablar con las personas desprovistas de casco.

—Hola, amigos —saludó Fred —. Supongo que ustedes son partidarios de cierto Thamir…

—Yo soy Thamir —contestó uno de los marcianos, adelantándose—. Mis compañeros, la mayoría absoluta del planeta, me han elegido como jefe. Pero Melrok no admite la elección. Nosotros estamos en

contra de las inyecciones. Buscamos relaciones amistosas...

—Lo sé, lo sé — dijo Fred—. Y perdone que le interrumpa. Lo que me urge es salir en persecución de ese individuo.

—Tenían varias naves dispuestas y sólo han empleado una —repuso Thamir—. Nosotros podemos apoderarnos de otra.

—¿Nosotros? ¿Quiere decir que usted también lo va a perseguir?

—Tengo una cuenta muy importante que ajustar con él. Durante años he tenido que vivir oculto, mientras ordenaba el frío asesinato de los miembros de mi familia. Conseguí por fin mezclarme con las fuerzas terrícolas, pero hasta que establecí contacto con aquella joven no tuve ocasión de dar a conocer mis intenciones.

Rápidamente, Thamir nombró una tripulación para una de las naves. Los marcianos designados pasaron a ella, y Fred les imitó. Desde allí, se puso en contacto con sus antiguos compañeros de la nave averiada.

—No les puedo ordenar que me sigan, porque ustedes están sujetos a la disciplina militar —dijo —. Sugiero que el oficial de mayor graduación se haga cargo del mando interinamente, y que se pongan en contacto con la Tierra en espera de instrucciones. Les he dejado tres naves marcianas por si las necesitan.

—De acuerdo, señor Oswell —contestó el oficial que hablaba con él. Nos quedaremos aquí. Parece que ahora hay paz con los marcianos. Y de este modo se cumplirán los deseos de nuestro comandante, que no quería dejar desguarnecidas las Bases. ¡Las fuerzas de la Tierra no habrán evacuado Marte!

—¡Pobres Bases! —exclamó Fred, con pena—. Pero esto pasará y se construirán otras nuevas. ¡Y habrá amistad y comprensión entre las dos razas!

Fue su despedida. La nave se estaba alejando a toda velocidad, en persecución de la que tripulaba Bill. Fred manejaba los mandos, y Thamir estaba junto a él, atento a la maniobra.

—¿Qué le parece si lanzamos una advertencia a Melrok? —sugirió el marciano—. Esto le pondrá nervioso y nos dará ventaja.

—La distancia que nos lleva es demasiada —contestó Fred —. Si tenemos en cuenta que las dos naves son idénticas y que por lo tanto pueden desarrollar la misma velocidad, la única ventaja que tenemos

a nuestro favor está en que no sepa que le perseguimos.

—Comprendo —dijo Thamir—. Especulamos con la posibilidad de que Melrok no haya puesto su nave a la máxima velocidad.

—Así es. Nos iremos acercando a ella, poco a poco, y localizaremos el lugar exacto donde se proponga aterrizar una vez en la Tierra. Creo que es el mejor sistema.

Y de este modo continuó la navegación, a través del inmenso espacio que separa a los dos planetas. La Tierra empezó a verse a lo lejos, agrandándose poco a poco, hasta que se pudieron distinguir los contornos de los continentes. Fred no tenía la menor idea de la distancia que le separaba de la nave de Bill. Pero había seguido la línea recta y estaba seguro de encontrarse tras la pista del que había sido su amigo.

Por fin, el radar señaló algo en la pantalla. Un punto oscuro, a lo lejos, que, como antes la Tierra, se fue agrandando poco a poco. Un punto que se cruzó con otros muchos, a medida que la proximidad a la Tierra era mayor, pero que sirvió de referencia a Fred, el cual no vaciló un momento, al ordenar:

—¡Vamos a poner la máxima velocidad,, aunque nos expongamos a no frenar a tiempo y estrellarnos contra la Tierra! ¡Estoy seguro de que ésa es la nave de Bill!

La distancia se acortó entonces de una manera casi fulminante, porque Bill había realizado la maniobra a la inversa. Al acercarse a la Tierra había aflojado velocidad, para prepararse, como era lógico, al aterrizaje suave y sin peligros. Sin duda el radar de Bill captó la presencia de la nave de Fred. Pero en los primeros momentos no le debió dar importancia, pues las salidas y entradas de naves en la Tierra eran continuas. Y cuando la identificó, era ya tarde. Fred estaba encima suyo.

Entonces se estableció comunicación entre ambos. Y fue Fred el primero en hablar.

—Quizá ahora te sientas menos seguro; menos amo del Universo, Bill.

Este preguntó:

—¿Has podido salir de Marte?

—No me dejaste encerrado en ninguna mazmorra, muchacho. Y creo

haberte demostrado que soy capaz de superar situaciones más difíciles que aquélla.

—Está bien —dijo Bill—. Entonces, veamos si eres capaz de superar ésta.

Estaba frente al cuadro de mandos. Su mano pulsó un botón, y en uno de los flancos de la nave brilló un fogonazo. Era el primer disparo de la nueva batalla.

Fred no perdía de vista a su amigo. Leyó la intención en sus ojos, y maniobró a tiempo para que el proyectil pasara de largo.

—Ya ves que sí —dijo entonces, con una sonrisa—. Y ahora me corresponde contestarte.

Pulsó a su vez el disparador, y Bill, para esquivarle, no pudo hacer otra cosa más que detener los motores de la nave, para que ésta, ya en plena atracción de la gravedad terrestre, cayese hacia el suelo a una velocidad vertiginosa.

Confiaba con ello alejarse al mismo tiempo de Fred, pero éste imitó su actitud, y las dos naves cayeron a plomo hacia el suelo casi simultáneamente. Las comunicaciones entre ambas no se habían interrumpido.

—Cuando quieras nos detendremos, Bill —dijo Fred —. A menos que prefieras estrellarte contra la superficie de este suelo que has venido a conquistar con tus microbios.

Bill frenó el descenso de la nave, poniendo de nuevo los motores en marcha. El odiaba a Fred; no había sido capaz de apreciarle pese al número de años pasados juntos. Le odiaba porque era terrícola, y le odiaba porque Fred, en todas las circunstancias, sabía sobresalir por encima de él. Le odiaba hasta el punto de desear su muerte. Pero por encima de aquel odio tenía que estar la conservación de los microbios, que en un momento de furor casi había olvidado. Sin microbios no continuaría el terror en la Tierra, y todos sus planes de dominio se desmoronarían. Necesitaba los microbios, y si la nave era destruida, se exponía a quedarse sin ellos, aunque él, en última instancia, consiguiera salvar la vida lanzándose al espacio.

Por lo tanto, cambió de plan. No provocaría a Fred atacando de nuevo. Fred tenía un concepto muy digno de la nobleza, y esto lo tenía que reconocer Bill por mucho que le odiase. Fred buscaba tan sólo su rendición, pero no atacaría a menos de tenerlo que hacer en

defensa propia.

Así, mientras Fred seguía intimidándolo a través de la pantalla, Bill se dirigió a uno de sus subordinados para encargarle que se apoderase del mando de la nave:

—Aléjate de aquí, como sea, pero rehuyendo la lucha. Fred Oswell no te perseguirá, porque es a mí a quien busca. A mí, y sin duda a esa muchacha a la que tanto aparentaba detestar. Nos lanzaremos al espacio, para que él nos siga. Recibirás instrucciones mías por medio de la emisora que sigo llevando en el antebrazo.

—Bien, jefe — contestó el marciano.

Estaban encima de una zona montañosa, que habían identificado ya como un sector de las Montañas Rocosas, entre los Estados Unidos y el Canadá. Era un lugar deshabitado, que convenía a los planes de Bill. La Humanidad, en las grandes ciudades a sólo algunos centenares de kilómetros de allí, no podía sospechar que tan cerca suyo se estaba decidiendo su destino.

Bill se colocó un paracaídas antigravitatorio. Tomó otro, para entregárselo a Vivian, y sin darle más explicaciones, le ordenó:

—¡Láncese al espacio, muchacha!

—Pero...

—¡Láncese, o la arrojaré yo de un empujón!

Vivian leyó la decisión en el furor de sus ojos. No dijo más. Se colocó el aparato a la espalda, y un momento más tarde ambos descendían hacia las Rocosas, después de haber abandonado la nave.

Fred presenció el lanzamiento. Había permanecido junto a los mandos, esperando las palabras de Bill, y alerta al menor intento de ataque. En vez de esto, veía a Bill y a Vivian que habían abandonado el aparato e iban descendiendo lentamente hacia el suelo.

Thamir estaba junto a él. No tuvo más que volverse para decirle:

—Yo me lanzaré también. He de salvar a esa muchacha. Usted procure rendir la nave enemiga.

Thamir vacilaba entre la nave y Bill, al que quería matar personalmente.

—¿Por qué no aterrizamos? —preguntó—. Podríamos esperarlo, y luego, remontándonos a toda prisa, alcanzaríamos aún a la nave.

—No, Thamir —dijo Fred —. No podemos arriesgarnos a que la nave se pierda. Recuerde que en ella van los microbios, y que son tan peligrosos manejados por Melrok como por cualquiera de sus secuaces. ¡Usted encárguese de capturar los microbios y yo me encargo de Bill!

—Entonces destruiré la nave —dijo Thamir.

—Si consigue rendirla, será mejor.

—No hay rendición posible. La guerra entre ellos y nosotros es a muerte.

Fred se encogió de hombros.

—No quiero intervenir en esto —dijo —. Con tal de que los microbios sean destruidos, obre usted como le parezca.

Se había puesto ya el paracaídas y se lanzó fuera de la nave. Para compensar la ventaja que le llevaban Bill y Vivían, no hizo funcionar el aparato hasta encontrarse muy cerca del suelo. Consiguió llegar al mismo tiempo que ellos, a muy poca distancia de donde habían caído. Se quitó el antigravitatorio para poder correr con más ligereza, y avanzó en dirección a la pareja.

Pero no pudo evitar que Bill cogiera a Vivian por un brazo, ni que con fa otra mano empuñara una pistola atómica.

—¡Quieto, Fred! ¡Si avanzas un paso más acabo con la chiquilla! ¡Se que la detestas, pero harás cualquier cosa para que no le suceda ningún daño!

—¡Bandido! —gritó Fred.

—Llámame como quieras. Yo no entiendo el lenguaje de los terrícolas. Pero te conmino a que aceptes mis condiciones si no quieres que la muchacha sea sacrificada.

Fred preguntó:

—¿Cuáles son tus condiciones?

—Déjame marchar libremente, sin meterte conmigo. Dame tu palabra de que lo harás, y te dejo aquí a la chica, pese a que la he capturado

para darle muerte.

—Si te dejo marchar, la Humanidad entera estará en peligro, Bill. Eres un mal bicho.

—Entonces la mataré a ella.

Vivían intervino, dirigiéndose a Fred. Habló con la mayor firmeza:

—¡No se preocupe por mí, Fred! ¡Sabré sacrificarme! ¡No sería justo que por mí pereciera tanta gente!

—Sus solas palabras merecen que la defienda, Vivian — dijo Fred —. Y lo haré. ¡No cuentes con mi palabra, Bill! ¡Te mataré si puedo, ya que me obligas a ello!

Los dos estaban frente a frente, aunque a distancia, sobre aquel terreno quebrado de las Rocosas. Los dos empuñaban sus pistolas, pero ninguno estaba seguro de acertar a la primera vez si disparaba contra el otro. El menor fallo, el menor movimiento del enemigo, podía echarlo todo a perder. Fred deseaba terminar cuanto antes.

Pero entonces ocurrió algo que modificó la situación. En el cielo se había iniciado la lucha entre Thamir y la nave de Bill, la cual no había podido escapar a tiempo, de acuerdo con las órdenes de éste. Y las evoluciones de los dos aparatos, al perseguirse y tratar de burlarse mutuamente, les habían llevado de nuevo al punto donde se habían lanzado Bill, Vivian y Fred. La lucha se desarrollaba, pues, sobre sus cabezas. Tronaron los cañones de las naves, y Bill, por instinto, levantó la cabeza.

El tenía en la lucha más intereses que los otros dos. Para él, la pérdida de los microbios significaba el fracaso de sus planes siniestros. Por eso, sin poderse dominar, miró hacia arriba, temeroso de que su nave llevase la peor parte en la lucha.

Fue un segundo, pero Fred lo aprovechó para lanzarse adelante. Tres o cuatro pasos muy rápidos, seguidos de un salto, y cayó sobre Bill en el momento en que éste se daba cuenta de que había cometido una estupidez.

—¡Las cosas han cambiado, Bill! ¡Ahora seré yo quien imponga condiciones!

—¡Maldición! ¡Me has cogido cobardemente…!

—Una verdadera pena, Bill. Porque tú todo lo haces con nobleza —comentó Fred con ironía.

El diálogo se desarrollaba al mismo tiempo, que la intensa lucha entre ambos abajo, y las dos naves arriba. Los dos hombres se revolcaban por el suelo; habían perdido sus pistolas, y eran los puños los que estaban llamados a decidir la situación. Fred lo prefería así. Le repugnaba a, pesar de todo, tener que disparar contra el que, fingidamente, había sido su amigo y compañero. Prefería capturarlo vivo y entregarlo después a las autoridades para que lo juzgasen.

Su superioridad era manifiesta. El dominio de Fred se estaba convirtiendo en absoluto. Lo tenía agarrotado con sus brazos, cuando, de pronto, Vivian dejó escapar un grito de terror.

—¡Dios mío! ¡La nave! ¡¡La nave!!

Los dos hombres miraron hacia arriba. ¡La lucha allí había terminado, y una de las naves, alcanzaba en un punto vital, caía verticalmente sobre el lugar donde peleaban los dos hombres! ¡Un minuto más, y serían irremisiblemente aplastados!

—¡La nave! —advirtió de nuevo Vivian.

Fred se levantó de un salto. Era el instinto, el sexto sentido, el que obraba en aquel momento. Vivian estaba demasiado cerca también, pues para poder avisar no se había apartado a tiempo. Y Fred la cogió al paso. No supo cómo lo hizo, pero se encontró con Vivian en sus brazos, y rodando con ella todo lo lejos que pudo, mientras a sus espaldas se oía el siniestro choque de la nave al estrellarse contra el suelo.

¡Bill no se había podido apartar! Bill Moffat, según su nombre terrestre, o Melrok según el marciano, había encontrado la muerte bajo el peso de los restos de la nave, esfumándose de este modo, repentinamente, todos sus afanes de dominio feroz, y purgando al mismo tiempo sus terribles crímenes. Por ironía de! destino, Bill Moffat había muerto aplastado casi por sus propios microbios; por aquellos microbios en los que cifraba sus esperanzas de imponer un sistema de terror.

Y con él, también morían los veinte últimos partidarios suyos. Aquellos neomarcianos que se habían considerado una raza superior, y que habían pretendido imponerse a sus remotos hermanos, los terrícolas.

Poco después, Fred y Vivían contemplaban el desastre, mientras la otra nave, la de Thamir, se preparaba para aterrizar. El peligro había pasado ya, pero por lo visto ellos no se habían dado cuenta, pues seguían estrechamente abrazados.

—Este es el final —comentó Fred—. Ahora sólo nos falta destruir los microbios, para que no puedan reproducirse y a nadie se le pueda ocurrir aprovecharse de ellos. Ha sido una pena, porque Bill Moffat hubiese sido una figura destacada en la ciencia.

Thamir tardó poco en estar a su lado. Se dieron cuenta entonces de que seguían abrazados, se separaron apresuradamente. Pero el marciano no dio muestras de haberse dado cuenta de nada. Era portador de noticias que comunicó al momento:

—Algo muy curioso, señor Oswell —dijo—. Me refiero a los microbios. Es nuestra nave los había también, pues al parecer Melrok quiso asegurarse de su conservación colocando cubetas en todos.

—Y, ¿qué ha sucedido?

—Que han muerto todos. Yo entiendo muy poco de ciencia, pero según lo que he estudiado, esos bichejos no son capaces de resistir la vida en la Tierra. En Marte aguantaban, incluso en el clima artificial, pero aquí han muerto todos. Lo he podido comprobar al examinarlos por curiosidad con el microscopio de a bordo, una vez derribada la nave de Melrok.

Resultaba verdaderamente irónico. De no haber traído consecuencias tan trágicas, hubiese valido la pena reírse a carcajada limpia. ¡Haber luchado tanto por nada! ¡Haber emprendido aquella carrera de crímenes, para encontrarse que en el momento decisivo, al intentar dar la batalla final, los microbios no tenían posibilidades de vida y carecían de utilidad!

Fred miró a la nave bajo cuyos restos yacía el cadáver de Bill.

—Casi ha sido una suerte de que no te enterases, Bill — murmuró—. Te hubiera sobrevenido la muerte del disgusto.

—¿Vuelve a subir a la nave, señor Oswell? —preguntó Thamir.

—Sí, amigo mío. Tengo mucho que hacer, y usted también. Hemos de ver a las autoridades, contar detalladamente lo sucedido, y establecer nuevas bases de relaciones entre ustedes, los marcianos, y nosotros.

Thamir avanzó hacia la nave, Fred y Vivian le siguieron, pero sin apresurarse. Se volvieron a encontrar muy juntos.

—He de darle las gracias, señor Oswell —dijo ella—. Ha arriesgado la vida por salvarme a mí.

—Era mi deber, señorita Murray. No iba a dejar que aquel loco la asesinase. Además…

—¿Además que, Fred?

—¡Además, lo hubiera hecho de todos modos, Vivian! Porque…

—¿Por qué…?

—¡Porque te quiero, ¡mil rayos! ¿Es que no te has dado cuenta aún?

—¡Claro que sí, Fred! ¡Pero estaba esperando a que me lo dijeras!

—¡Creo que desde el primer día que te vi me di cuenta de que acabaría casándome con una entrometida periodista! ¡Esto fue lo que me hizo tomarte antipatía!

Thamir, que estaba ya junto a la nave, se volvió para ver si le seguían. Otra vez tuvieron que separarse los dos apresuradamente.

FIN